

# SANGRE EN LA NIEVE

ALFONSINA DE SAAVEDRA  
RAUL GANCIO





7

COLUMBIA FILMS

PRESENTA

# SANGRE EN LA NIEVE

CON

ALFONSINA SAAVEDRA - F. FERNANDEZ  
DE CORDOBA y RAUL CANCIO

DISTRIBUIDA POR

PRODUCCIONES CINEMATOGRAFICAS  
ALCAZAR - R. Robert

ARGUMENTO NOVELADO

P. Oriente, 1 y 2	<b>CINEMA</b> Publicación semanal Madrid, 30 agosto 1942	Teléfono: 18126-22100
AÑO V		NUM. LXXII

ES PROPIEDAD

1942



# SANGRE EN LA NIEVE

Pon entre las cúspides nevadas aparecía el sol. Surgía lentamente, como una rodela encendida que ponía oros mates y reflejos fantásticos en la infinita blancura del paisaje. El espectáculo ofrecía la grandeza maravillosa que tiene el nacimiento del día en los vastos escenarios de la montaña, llenas de temblores y soledad. Perspectivas abruptas y glaciares y nieves perpetuas; y en este inmenso océano, como de alejes enajados de blanquísimo armáño, las cabras montesas, señoras de las alturas, triscaban por los precipicios, recortando a la centraluz sus cebeitos formas, sus líneas graciosas y sus limpios movimientos.

De pronto el rebaño, asustadizo, emprendió la huida al sentir el paso de los cazadores. Eran éstos seis hombres, ágiles y fuertes, vestidos con la típica indumentaria de los alpinistas. Uno de ellos, el más joven y que parecía servir de guía a los demás, hizo alto, notando la desaparición de las cabras montesas, y con un gesto de contrariedad señaló a los compañeros la dirección

que tomaba el rebaño, haciendo cabriolas entre la nieve.

Pero este gesto de cazador chasqueado tuvo pronto otra significación en las muecas de horror y sobresalto que se dibujaron en su rostro. Acababa de reparar, a sus pies, como una inmensa amapala roja, fresca y viva en la nieve, un gran charco de sangre, líquida aún y se dijera que hasta tibia y palpitante, bordando con sus hilillos festones carmíneos en la llanura. Para cerciorarse bajó su mano hasta la grande flur sangrienta y en seguida la retiró húmeda con un movimiento de espanto.

—¡Sí, sangre fresca!—exclamó para sí.

En seguida oyó la voz de uno de los compañeros, que, mientras se acercaba a los demás, le preguntó jovial:

—¿Qué es eso, Pedro? ¿Haces alto porque estás ya cansado?

El llamado Pedro extendió entonces el brazo, señalando el hallazgo macabro.

—No, mirad—contestó—. Hay aquí un charco de sangre.

Mientras decía esto lo getraba aún de la mano que había tocado la roja flar de la nieve un hilillo de sangrienta rubies. Miróse él así horrorizado y luego, instintivamente, llevó sus ojos a la altura. Todos pudieron ver entonces el cuadro espeluznante que ofrecía la soledad de aquel precipicio y que había motivado el extraño hallazgo del charco de sangre en la nieve: colgado de un árbol, en el escarpado de la montaña, aparecía el cuerpo de un hombre. Quieto, inmóvil y sin responder a los gritos de llamada de los cazadores; debía de estar muerto y debía de haber rodado por el precipicio y sido detenido en su caída por las ramas del árbol que había prendido sus garfios en las ropas del desgraciado.

—¡Hay que descolgarlo de ahí!—demandó Pedro.

—¡Descolgarlo!—desconfió uno de los cazadores—. Si en realidad está muerto, como nos supanemos, no nos meteremos nosotros por nuestra cuenta y riesgo en hacer diligencias comprometidas. Antes debemos dar parte a la autoridad y nadie mejor que tú, Pedro, que eres el más ligero de todos para ir al pueblo y llevar a cabo esa misión.

• • •

Pedro, mientras sus compañeros daban guardia de vista al cuerpo del desconocido que pendía del árbol, tomando los senderos y atajos abiertos entre la nieve, corrió hacia la aldea.

Se asentaba ésta en lo profundo del valle y alzaba sus típicas construcciones humildes frente a las nieves perpetuas y las ventiscas que frecuentemente soplaban furiosas de la montaña. El poblada con calles retorcidas, como resguardándose de los vientos gélidos, ofrecía en su conjunto grupos de viviendas pobres, centros y tabernas de contrabandistas, alguna especie de antro que servía de bolsa de contratación y lugar de reclutamiento de aventureros y guías para las empresas del contrabando y, por excepción, una amplia casona, señorial, fuerte y recia, donde habitaba el prócer tenido por ilustre principal de la aldea, dadivoso y espléndido, a cuyo solo nombre, el de don Guillermo, temblaba la gerte o se descubría con respeto.

Era un señor ya maduro, con el cabello plateado en las sienes, de tez tostada y ojos penetrantes y oscuros. Tal vez guardaban siempre un enigma tras la expresión amable y mansa con que parecía que se animaban. Pero si algún misterio escondía aquella alma, debía ser el de los lagos hondos y tranquilos, en opinión de Regina, la muchacha buena y espléndida que le daba compañía como ahijada. Esta y doña Julia, la hermana de don Guillermo, algo mayor que él, y como él, señorial y comedida, formaba, al parecer, todo el mundo espiritual del prestancioso hacendado, figura preminente de la aldea. Regina, sobre todo, era en aquella

casona la nota alegre que ponía la música de su juventud y su belleza en la melodía apacible con que, según las gentes, aquellas almas desgranaban del ritmo de sus vidas. Sus dieciocho años, rebosantes de salud y de hermosura, su carácter expansivo, su alma delicada y noble, sus prendas todas personales daban a esta muchacha ese singular encanto que hace ante las mujeres de cierta distinción que no pueda pasar indiferente ningún hombre sensible. Así llamaba poderosamente la atención de todos, que tenían para ella exclamaciones ponderativas y sólo producía cierta desilusión en las gentes el poco apego que Regina sentía, y ella no disimulaba, hacia aquel ambiente, aquellas costumbres y aquel paisaje que eran todo el mundo imaginativo de la aldea sencilla.

Ya hacía algún tiempo que Pedro, el cazador, debió de entrar en el poblado, cuando en la puerta de la casona de don Guillermo accharon de ensillarse dos caballos. Un mozo que servía de palafrenero sostenía las bridas. El señor y su pupila salieron, y don Guillermo, ayudando a montar a Regina, se creyó en el deber de advertir en esta ocasión:

—Siento no poder acompañarte como todas las días, pero tengo que resolver a esta hora un negocio urgente y ello me lo impide. Como vas sola, ten prudencia y no te alejes mucho.

—No temas—contestó ella sonriente—. Seré juiciosa.

—¿Por qué no haces si no una cosa?—invitó él insinuante—. Me acompañas tú un poco en mi camino.

—Ya sabes que no me gusta atravesar las calles del pueblo; pero si eso te agrada, lo haré por complacerte—accedió Regina.

Los caballos arrancaron al trote. Salieron al campo. El paisaje nevado levantaba sus perspectivas de grandeza imponente, altas montañas tocadas con blancos turbantes, encendidos de gamas por el sol. Un silencio temeroso parecía dormir la campiña. Pero de pronto percibieron ruidos y, volviendo la vista hacia el recodo de donde salían, vieron el espectáculo de varios aldeanos que en unas angarillas formadas con escopetas y ramas de árboles conducían algo que debía de ser un cadáver o un hombre herido.

—Espera un poco—recomendó don Guillermo a Regina—. Voy a ver qué pasa.

Espoleó a su caballo y, apartándose de la senda, se dirigió hacia el grupo de aldeanos.

—¿Qué sucede?—preguntó.

—Los muchachos han encontrado muerto a este hombre. Instruimos diligencias.

Contestó así el secretario del Juzgado, pues ya la autoridad estaba en funciones, y don Guillermo, extrañado por el suceso, volvió a preguntar, mientras

examinaba el bulto que formaba el cadáver arropado con mantas:

—¿Un forastero?

—No, señor; es Miguel «el Tondero».

—¿Se ha despeñado?

—Lo creímos al principio—torció a explicar el secretario—; pero por lo visto primero lo han herido y luego lo han despeñado.

—¿Un crimen?—interrogó don Guillermo—. No es creíble.

—Pues no hay duda de que se trata de un crimen—aseveró el secretario—. La herida lo demuestra bien claro.

Un aldeano intervino, para decir:

—Sí, le han matado para robarle, como hicieron con Julio y con Roberto. Aquí anda una mano oculta. ¡Ah, como de yo con el asesino!...

Don Guillermo se encogió de hombros como asintiendo. Luego exclamó con acento compungido:

—¡Pobre Miguel y pobre madre la suya!

En esto Regina se había acercado también al grupo y, habiendo oído la exclamación de don Guillermo, preguntó temerosa:

—¿Qué sucede?

—Nada, hija—respondió, queriendo tranquilizarla el señor—. Ese chico que llevan ahí que ha sufrido un percance.

Y en seguida, dirigiéndose a los aldeanos y al secretario, añadió:

—Yo tengo que marchar a resolver un asunto urgente y no puedo ir con vosotros al pueblo; pero decid a esa pobre mujer, a la madre de Miguel, que cuando regrese pasará por su casa. Y al señor alcalde decidle también que prepare todo lo necesario en estas circunstancias. Yo pagaré lo que sea.

A continuación hizo un ademán para que la comitiva continuara su marcha, y luego, solo con Regina, observando a ésta trémula y apenada, la reconvinó:

—No debías haberte acercado pequeña.

—Estaba muerto, ¿verdad?—preguntó Regina.

—Sí... Pero no te asustes... Anda, te acompañaré a casa. Es lo mejor.

—¿Por qué?—preguntó la muchacha. Me ha impresionado el accidente, pero si tú me acompañas llegarías tarde a tus asuntos. Volveré yo sola.

—Temo que te hayas asustado demasiado.

—No, ya pasó... Además, debo acostumbrarme a estas escenas si he de continuar viviendo aquí...

Sonreía ya la muchacha cuando pronunció la última palabra y con un gesto de mimo y solicitud se acercó a él y le besó en la frente. El sonrió también con una amplia sonrisa de hombre feliz y con los ojos húmedos contempló cómo la bella amazona se alejaba haciendo caracolear a su caballo.



Luego, tras de un momento en que parecía embargado por el éxtasis, sacó su reloj, consultó la hora y, contrayendo violentamente sus músculos, espoleó con fuerza a la cabalgadura y se alejó al galope por el campo nevado en dirección contraria a la que había tomado Regina.

## II

EN el saloncito íntimo de la casa señorial, doña Julia, la hermana de don Guillermo, dormitaba junta a la chimenea, haciendo labor de punto. El rojo fuego encendido iluminaba los muebles recios y lustrosos, los adornos antiguos, los bronceos y cobres que retumbaban como retiniendo sus oros y ocreos en el resplandor, y todo ello, frente a la nieve, daba esa sensación de grato bienestar que se experimenta en el refugio seguro contra la intemperie.

De pronto despertó a doña Julia el rumor de las pisadas de un caballo. Pensó que debía de ser Regina que volviera de vuelta y sonrió con cierta sonrisa indefinible, como le ocurría siempre que sus pensamientos iban hacia la muchacha. En efecto, era Regina que regresaba de su paseo matinal porque doña Julia oyó el murmullo de la conversación que sostenía la ama-azona con un mozo al entregarle el caballo, se dijera que para tomar un aspecto circunspeto. A poco, como si tuviera el ademán ya estudiado, se estremeció con súbita sobresalto cuando vio

que Regina, abriendo violentamente la puerta, apareció sofocada y nerviosísima. Traía el ímpetu de una emoción incontenible que la hiciera andar avasalladora, y así, más que dejar, arrojó los guantes y la fusta sobre uno de los muebles del saloncito, llegando hasta doña Julia como si quisiera envolverla en el huracán de sus movimientos.

La señora se sobresaltó de nuevo, preguntando a Regina estupefacta:

—¿Qué te sucede, hija mía?

—¡Nada!—contestó secamente Regina.

Parecía no poder estarse quieta y, yendo de acá para allá en el asiento de sus impulsos, se acomodó en la ventana dando espaldas a doña Julia para respirar fuertemente. Ya allí, en otro impulso de rabia, exclamó con vehemencia:

—¡Es horrible la vida en este pueblo! ¡Cuándo saldré de él!

Volvió el rostro a la señora, y como viese que ésta aparentaba no dar mucha importancia a la rabieta, preguntó, subiendo de grado el acceso de su mal humor:

—¿No me oye, tía Julia? ¡Quiero irme de aquí!

Tía Julia seguía silenciosa, como si quisiera trenzar la intemperancia de la muchacha en la labor de punto, y Regina vino entonces resueltamente a la chimenea y se encaró con doña Julia, para decirle con aire de reto:

—Es verdad todo cuanto te digo:

que quiero irme de aquí y si Guillermo no me lleva, me iré ¡Si hubieses visto como yo a ese desgraciado!

Ya entonces doña Julia se creyó en situación de poder exclamar con tonos pláidos y comprensivos:

—¡Pobre hija mía! Me hago cargo de todo y te disculpo. Yo también sufrí mucho hasta acostumbrarme.

—Pero yo no quiero resignarme a vivir en este ambiente extraño y hostil —replicó Regina—; para eso sería preciso que yo fuera tan buena y tan santa como tú.

Luego, después de estas palabras, en que pareció que la violencia había hecho transición, Regina añadió, cobrando un tono juicioso y persuasivo:

—Estoy en edad de casarme, tía Julia. Quiero a Guillermo. Tú misma fuiste quien primero me habló de esa boda, quien me hizo concebir ilusiones.

Ahora doña Julia cambió el aspecto circunspeto que había recobrado por una expresión entre complaciente y alarmada. Y como no supiese qué contestación adecuada dar a la muchacha en estas circunstancias, lo resolvió levantándose y abrazando cariñosamente a Regina para decirle con tono maternal.

—Repórtate, hija mía, y calma esos nervios. Estas exaltaciones son impropias de una niña y mucho más de una señorita como tú...

Se oían voces como de gentío conmovido y las dos mujeres callaron en

conversación. En la plaza de la aldea las gentes formaban grupos lamentando la desgracia de Miguel «el Tenebrón». Un caballo acababa de ser atado a la ventana de una casa de aspecto humilde y los grupos comentaban con elogio el rasgo del jinete que había entrado en aquella morada.

—¡Es don Guillermo! El de siempre.

—No podía faltar su ayuda en esta desgracia.

—Su ayuda y su consuelo, porque con ser tan grande su fortuna lo es más aún su buen corazón.

No mentaban en sus ponderaciones aquellos sencillos aldeanos, pues don Guillermo apenas regresó al poblado, antes de volver a su casa, se impuso el generoso deber de llevar su consuelo y su ayuda a la familia doliente y necesitada. Pobre y reducida familia: la novia, una muchacha pálida y triste que sollozaba continuamente, y la desventurada madre, una vieja arrugada y seca que apenas tenía ya lágrimas para humedecer el nombre del hijo que pronunciaba sin cesar con ese acento ronco e inahabable que arranca del corazón de las madres las penas que no tienen remedio ni consuelo.

Don Guillermo contempló a las mujeres con aire compasivo.

—¡Cuánto he sentido esta desgracia! —exclamó.

—¡Pobre Miguel! —lamentó la novia.

—Ya ve usted, don Guillermo—expresó la madre por su natio—, con razón quería yo apartarlo de esa vida temeraria y llena de riesgos que llevaba. Hace quince años me trajeron a su padre muerto. Hoy ha sido a él. Pero hace quince años, cuando perdí al esposo, me quedaba el hijo... Y ahora, don Guillermo, ahora...

Y la pobre madre expresaba con sólo esas palabras todo el dolor inenarrable de su soledad.

Don Guillermo entonces apeló a sus mejores recursos para llevar a aquella madre el levitivo de la resignación.

—¿Qué le hemos de hacer ya?—exclamó—. Comprendo que tu dolor es justo y que yo no puedo devolverte lo que has perdido: la vida de tu hijo, que es lo más caro para ti. Pero te prometo que el dolor de la soledad no se aumentará con el de la miseria.

Dicho esto, llevó la mano a su cartera, extrajo de ella varios billetes y se los entregó a la madre con un gesto que quería ser a la vez sencillo y generoso. La pobre vieja acaso expresaba su gratitud con las palabras que desgarraron sus entrañas, aludiendo indignada a los autores del crimen:

—¡Asesinos, asesinos! Habéis matado a mi hijo. ¡A un mozo tan bueno como mi hijo! ¡Ah, si yo pudiera saber quién sola, que vieja y todo, me cobraría por mí misma en vosotros esta deuda de sangre.

Y don Guillermo, oyendo las exalta-

ciones de la vieja, asentía con la cabeza, con ese aire comprensivo y piadoso que disculpa a las madres todos los arrebatos y locuras por el hijo...

...

El suceso ya había congregado en la casona de don Guillermo a todos los personajes principales de la aldea. Y en aquel saloncito íntimo, caldeado por el fuego, donde poco antes habían platicado doña Julia y Regina, ya había encontrado don Guillermo al entrar al juez del poblado, al alcalde y al boticario. Aun sin sucesos extraordinarios que motivasen junta general, habitualmente acudían los contertulios a dar compañía al señor para comentar las ocurrencias locales, o, como sucedía al boticario, para proseguir la incansable partida de ajedrez entablada con don Guillermo desde tiempo inmemorial. Así, apenas vió aquél aparecer al dueño de la casona, él mismo preparó el tablero y las piezas, dispuesto a continuar la liza, con gran disgusto del juez, que optó por apoyarse en la chimenea, viendo que el tema de la conversación se iba a distraer con el juego.

Algo parecido pensó el alcalde, que se decidió por medir el salón a grandes trancos, mientras el boticario y don Guillermo se acomodaban, frente a frente, junto al tablero de ajedrez. Doña Julia, haciéndose siempre entregada a su constante labor de punto, parecía dormitar y de vez en cuando reprimía un leve suspiro, que se dijera así

niemo circunspecto y comedido como su persona. Regina, en cambio, de pie junto a la ventana, oscudriñaba con actitud de mal humor y de nerviosidad las sombras de la noche que oscurecían los contornos de las montañas. Para ella toda aquella naturaleza era adusta y ceñuda, dura e implacable como el mar y sus vidas ásperas y salvajes. Estremecía frente al paisaje con una impresión de horror y por un momento apartó la vista de las montañas, dirigiéndola al piano abierto que tenía cerca.

Ya el alcalde, fastidiado un poco por aquel silencio que parecía violento en toda la tertulia, paró de repente sus párrafos y exclamó, trayendo a los demás las conclusiones que acababa de deducir de sus soliloquios.

—Digo que hay que acabar con este estado de cosas. Ya son tres muertes en poco tiempo.

El boticario colocó entonces una pieza, y alzando los ojos los dirigió al alcalde.

—Yo dudo todavía—opinó—de que se trate realmente de un crimen premeditado. ¿Por qué no pensar que ha sido un accidente desgraciado de la montaña? ¡Son aquí tan fáciles y frecuentes!

El alcalde se revolvó con mal humor y contestó vivamente:

—¿Un accidente dice usted? ¡Un cuerno!

Tasó a punto ligeramente doña Ju-

lia y el alcalde comprendió que había cometido una incorrección.

—Perdone usted, doña Julia—se disculpó—; pero la buena fe de este señor boticario me saca de quicio.

En seguida, dirigiéndose al boticario, arremetió contra él:

—¿Un accidente? ¿Y la herida que tenía el pobre Miguel en la espalda? Se la hizo él mismo para despistar, ¿eh?

El juez interrumpió para asentar a lo que decía el alcalde.

—Además—explicó—, los que vieron salir ayer del pueblo a Miguel «el Tonelero» afirman que llevaba un fardo y este fardo no ha aparecido. Verdaderamente se trata de un crimen por robo.

—Igual, señor juez—remedió el alcalde—, que en las dos veces anteriores. Aquí hay alguien que medra, despojando a estos muchachos. No le dé usted vueltas, señor boticario, la cosa está clara.

El boticario parecía escuchar todas las opiniones beatíficamente. Y dando vueltas a los pulgares de sus manos cuando no tenía que colocar una pieza de ajedrez, miraba tranquilo e inmovible alternativamente al juez y al alcalde, hasta que éste, nervioso, le dio un golpe sobre los pulgares en rotación.

—¡Ah!—exclamó—. Me irrita usted con su pasividad.

El boticario sonrió con la misma placidez, se encogió de hombros, y contestó:



—¡Buena!

—Lo más cuerdo—habló ahora el juez—es que pidamos refuerzos a la capital y establecer en la montaña estrecha vigilancia.

—Tiene usted razón—apoyó el alcalde—, porque no se trata de defender a los contrahandistas, sino de defendernos nosotros mismos. Hay que reconocer que todo este contorno está muy abandonado... ¿Quién me dice que el día que menos lo pensemos?

No terminó la frase, porque se la interrumpió un arpegio del piano que Regina comenzó a tocar, abarriada y fastidiada de la conversación o de su propia destemplanza. Hizo un gesto de resignación el alcalde como disculpando la impertinencia de la muchacha y volvió al tema de la discusión, completando la frase que quedó mutilada.

—¿Quién me dice, repito, que el día menos pensado no bajen esos bandidos al pueblo y den que sentir al que menos lo espere? La riqueza que esta misma casa encierra, ¿no puede ser presa mucho más codiciada que el fardo de un contrabandista? No, no podemos continuar a merced de los desalmados que acechan en la comarca.

—Eso que usted ha dicho, señor alcalde—habló entonces don Guillermo—es lo que menos me preocuparía. Todo cuanto hay en esta casa es para quien de verdad lo necesite.

Ya doña Julia se creyó en el caso de intervenir:

—Bien está, hermano—advirtió—, que te preocupes de los desgraciados: pero piensa también en nosotros.

—Tiene usted razón, señora—apoyó el juez—, debemos defendernos.

—Por mi parte—exclamó el boticario—si me atacan me bastaré yo solo para darles su merecido. Si, señor alcalde, no me mire usted con esa cara de burla, que no desearía otra cosa que encontrarme cara a cara con uno de esos bandidos. ¡Y que no iba a funcionar bien el fusil que tengo en casa!

Un trémulo del piano retumbó como un trueno y el boticario, escudido bruscamente con un espasmo de susto, hizo ademán de esconderse bajo la mesa. Todos rieron de su apocamiento hasta que doña Julia respondió a Regina:

—¡Regina, hija!... Disculpela ustedes... La pobre está muy nerviosa.

La muchacha se levantó con aire disciplente. Vino desde el piano hasta el grupo de los tertuliantes, y, con voz que demostraba el fastidio, preguntó:

—¿Pero no se duerme en esta casa?

—¿Pues qué hora es?—preguntó don Guillermo extrañado.

Pero mirando en seguida su reloj, asintió:

—Tienes razón: es muy tarde... Perdona, hija, pero estos asuntos nos traen a todos de cabeza.

Luego, dirigiéndose a los tertuliantes, añadió:

—Mañana continuaremos, señores, y

usted, señor juez, si tuviera la bondad de visitarme por la mañana le recibiría con mucho gusto y trataríamos de algo referente al asunto.

—Como usted disponga, don Guillermo.

En seguida comenzaron los saludos de despedida y los tertuliantes fueron saliendo, ofreciendo sus respetos al señor y a doña Julia y sonriendo a Regina. La casa quedó a poco en la paz. Nadie había observado que momentos antes un hombre se había acercado cautelosamente a la ventana donde había estado acodado Regina y había mirado el interior del saloncillo a través de los cristales. Era un tipo estrafalero y extraño. Representaba tener unos sesenta años, aunque reparándole bien se advertiera que en caducidad le había aventajado en diez años más de los que debía de tener. Sus cabellos completamente canos y su cara arrugada toda como un pergamino y sus barbas hirutas y descuidadas denotaban en él esa vida azarosa y solitaria que pone en ciertos hombres un sello especial para denominarlos por vagabundos.

## III

El fuego ardía rojo y crepitante en la chimenea y Regina, arrodillada frente al hogar, dejaba calentar su rostro con el reflejo cobrizo de las llamas. Parecía así de tener algo de diosa pagana y gozaba ella de esta actitud

de avivar el fuego como una vestal entregada al rito de su culto.

De pronto se levantó, volviendo el rostro con un movimiento nervioso al sentir que se abría la puerta del saloncillo. Era don Guillermo que entraba grave y parsimonioso, pero con la expresión amable que le caracterizaba. Reposadamente se sentó en el sillón junto a la chimenea y, mirando fijamente a la muchacha, exclamó:

—Tengo que hablar contigo muy seriamente, Regina. No debes ser así. Tratas con injustificado despecho a las personas que nos consideran y aprecian. Esta misma noche has echado de casa, sin disimulo alguno, a esos señores. Y debes tratarlos con más agrado.

—No puedo, padrino, no puedo—replicó Regina vivamente—. Tú lo conseguirás todo de mí, todo menos que me ayude a familiarizar y convivir con ellos.

Tenía algo de rencoroso e irreductible su acento; pero como si quisiera significar que ello no estorbaba a la ternura que pudiera sentir por su padrino, se sentó, mientras hablaba, en el brazo del sillón que ocupaba aquél.

—Además—continuó, tras de una pequeña pausa—, tú me has prometido que nos iremos de aquí en seguida que nos casemos...

Volvió a callar un instante, y luego, con voz mimosa e insinuante, preguntó:

—¿Por qué retardas siempre esa fecha, padrino?

Don Guillermo sonrió al punto como balagado, pero en seguida, recordando su aspecto grave, respondió con cierto dejo de melancolía:

—Eres muy joven aún, Regina, y temo que alguien pueda suponer que te llevo al altar obligada.

—¿Quién puede suponer eso?—respondió vivamente como herida en sí misma la muchacha—. Todo el mundo sabe que todo cuanto tengo te lo debo a ti.

—¿Y tu juventud, Regina?

—¿Cómo mi juventud?

—Sí, tu juventud, que es lo que a mí me falta...

Regina miró entonces con doble ternura a su generoso protector.

—¿Te consideras viejo? Pues es precisamente lo que más me agrada de ti. Ver estos cabellos grises que te dan un aire tan señorial.

—¿Sólo por ellos me quieres?

—Te quiero también—explicó Regina—porque siempre fuiste muy bueno conmigo y porque deseo que me unas a ti algo más que mi gratitud.

Ya don Guillermo se creyó en el caso de aducir otras razones.

—Comprendo—dijo—que es ridículo que un vejestorio como yo ponga tantos reparos a lo que ha de ser su felicidad. Pero tengo miedo, Regina. Tú apenas acabas de salir del colegio, no conoces el mundo y no has tratado a

más hombres que yo. ¿Quién me asegura que no puedes enamorarte de otro cuando ya nuestro error sea irremediable?

Los ojos de Regina se nublaron con una sombra de tristeza.

—¡Dices unas cosas, padrino!—repuso como dolida.

—Sí, Regina—replicó él—. El corazón guarda siempre su grito más sincero sin saber cuándo ha de pronunciarlo y sin que nosotros mismos sepamos cuál es. Y el corazón tuyo ha de hablar, pues no ha tenido aun tiempo de hacerlo.

La muchacha volvió a apagar sus ojos con otra expresión melancólica. Y como si quisiera desvanecer todas las dudas que habían puesto también algo triste al padrino le abrazó cariñosamente, besándole la frente.

—No entiendo tus sutilezas—dijo—; pero de lo que estoy convencida es de que a nadie he de querer más que a ti.

Dicho esto salió del saloncillo como temerosa de turbar con alguna palabra más la impresión optimista, animosa y alegre que quería dejar en el ánimo del padrino. Iba contenta, juvenil, pizpireta, como un pájaro voladero, y don Guillermo, viéndola alejarse así, sonrió ahora plácidamente y se dijo que se sentía también confiado y feliz si no hubiera puesto en aquella expresión de bien amado el gesto de mover la cabeza, haciendo signos dubitativos y

hasta interrogación íntima y temerosa que se hizo así mismo:

—¿Será verdad cuanto dice, Regina?

• • •

La muchacha, sin embargo, decía verdad. Creía amar noble y sinceramente a su generoso protector que la colmaba de atenciones, agasajos y solicitudes y creía que el grito íntimo de su corazón era el que le apegaba a aquel hombre de aspecto agradable, cuya madurez tenía para ella como el sabor de la fruta sazónada. Y la ilusionaba casarse con él, con la impresión de que la vida le había descubierto ya todos los horizontes de la felicidad. Así, aquella noche, pensando en las palabras que le había dicho don Guillermo, llegó a comprobar en él nuevas facetas agradables: las de su fina delicadeza, la puerilidad de sus sentimientos, la caballerosidad de no querer sacrificar en un arrebato impulsivo la juventud de ella y de querer dejarle tiempo a que pudiera escuchar otros acentos que despertaran el posible eco escondido en su corazón.

Meditando que estas mismas previsiones de don Guillermo eran una garantía de desprendido amor hacia ella, se sintió más feliz, y como más necesitada de dar expansión a sus ímpetus juveniles que la llevaban a correr alocadamente a caballo por los paisajes, tomar a veces el automóvil y lanzarlo a toda velocidad por las carreteras: coir, saltar, despeñarse en saltos verti-

ginosos por los taludes de nieve y cobrar así haciendo gala de su juventud, de su fuerza y de su salud del tedio que por otra parte le ofrecía la vida aquella mísera de la aldea encerrada entre montañas que limitaban los horizontes, entre gentes humildes y aventureros y contrabandistas.

Así planeó una excursión en automóvil por la carretera que ascendía a la montaña y se durmió con la impaciencia de ver pronto el nuevo día. Fate la despertó con sus luces claras y refulgentes. Abrió la ventana y contempló la inmensa perspectiva blanca-abrillantada con los resplandores del sol. Luz en las cumbres y en las laderas, donde ya hacían acrobacias y juegos los grupos de esquiadores que habían madrugado.

El espectáculo la estimuló más aún. Desayunó, y prontamente preparó ella misma el automóvil y, poniéndolo en marcha, se lanzó por la carretera al encuentro de la nieve y el sol.

• • •

Aquí en la montaña los esquiadores gritaban y reían haciendo sus ejercicios entre la nieve. Eran espléndidos los paisajes. Altas cimas con tocas eternas y una luz que parecía tomar toda la blancura de la nieve y difundirla en el aire teñida en oro rojizo. Jóvenes de uno y otro sexo se peleaban con bolas de nieve y una muchacha, tirando a uno de los camaradas, erró el proyectil y la



bola blanca fué a dar al caminante que cruzaba por la carretera.

Era aquel tipo desconocido y extraño que la noche antes había merodeado por los alrededores de la casona de don Guillermo y se había acercado sigilosamente a examinar a través de los cristales de la ventana el interior del saloncito donde los tertuliantes discutían el accidente que había costado la vida a Miguel «el Tomclero».

El desconocido recibió en pleno rostro la bola de nieve que arrojó la esquiadora e hizo un movimiento de ira como disponiéndose a responder a la inopinada agresión, pero, reprimiéndose en seguida sus impulsos, se contentó con lanzar una mirada furibunda a los jóvenes y siguió silencioso su camino.

—¡Jesús, qué mirada te ha echado! —dijo una compañera a la esquiadora que había arrojado la bola de nieve.

—¿Quién será ese hombre?

Y un esquiador contestó:

—Algún mendigo.

—De todas formas—repuso la muchacha—, no quisiera encontrarle a solas de noche. Infunde no sé qué de respeto y pavor al mismo tiempo.

En esto llegó por la cinta de la carretera que partía en dos la planicie, donde jugaban los esquiadores, el *auto* potente y elegante que conducía Regina. Esta detuvo el coche, bajó el cristal y dirigiéndose a uno de los jóvenes esquiadores demandó con la con-

fianza que se tiene para quien debe de ser conocido:

—Jorge, dame fuego.

Mostró cuando dijo esta un cigarrillo que apretaba entre sus dientes y los enseñaba así blancos, limpios y diminutos como una hilera de pilancas. A la vez apretujaba en sus brazos un perillito de raza que parecía sentirse regalado y contento con la caricia. El joven requerido sacó su encendedor, prendió lumbré al pitillo de Regina y, por decir algo, preguntó:

—¿Y qué? ¿Se sacó algo en limpio de la reunión que hubo anoche en tu casa?

Una de las jóvenes esquiadoras se acercó al *auto* para insistir sobre el mismo tema:

—¿Saben ya—interrogó—quién ha sido el asesino?

Regina no pudo reprimir un gesto de fastidio.

—¿También vosotras—preguntó—andáis a cuenta con eso? No se habla de otra cosa en todas las sillas. ¡Qué cansancio!

Sin añadir más, puso el coche en marcha, apretó el acelerador y el *auto* partió, dejando chasqueados a los esquiadores.

—¡Jesús, qué fina!—exclamó irónica una muchacha.

—Es pequeño el pueblo para ella.

—¡Ni que fuera una princesa!

Eran ellas, las jóvenes, las que así desfogaban su animosidad contra Regi-

na, pues los muchachos se limitaban a sonreír, encogiéndose de hombros. Un coro de risa general acabó al fin por ahogar las invectivas de las muchachas, en tanto el automóvil de Regina subía la cuita de la carretera hacia el pico más alto de la montaña, donde como una estatua oscura en la nieve se dibujaba ya la silueta de aquel mendigo o vagabundo que antes asustó con su aspecto a las esquiadoras. Parecía otear desde aquella altura el paisaje o meditar en ella su pequeñez frente a la grandeza brava y pujante de aquella inmensidad blanca de nieve.

Un momento contempló también Regina desde su coche aquella extraña silueta de la altura y debió estremecerse con algún brusco movimiento, pues el perrillo saltó de su falda y cayó a la nieve por la ventanilla. Paró entonces la automovilista el vehículo y, apeándose de él, se lanzó a correr detrás del perro, que empezó a brincar por la nieve sin atender a los reclamos de su dueña.

—¡Misaco, Misaco! Para, Misaco!

Inobediente el can ascendía la pendiente de la montaña como más estimulado a correr ante las voces. Regina, jadeante, no cesaba de llamarle:

—¡Misaco!

Hasta que oyó una voz que se dijera el eco y que dejó su resonancia en la nieve.

—...Uco...

Pudo, por fin, Regina alcanzar al pe-

rrero que no dejaba de ladrar. Los ladridos volvían a encontrar la misma resonancia extraña que había admirado antes a Regina. Y para probar si en realidad era el eco, gritó:

—¡A a a ah!

—¡A a a ah!—repitió la voz.

—¡Misaco!

—¡... uco!

La muchacha, cada vez más extrañada, ensayó:

—¡Te quiero!

Y entonces el eco tuvo una contestación inesperada:

—Yo también.

Ya la acometió el temor.

—¿Quién anda ahí?—preguntó.

Y el eco volvió a traer la última palabra.

—¡Ahí!

Y a continuación, algo más insólito que la turbó por completo: la misma voz del eco que venía de la altura diciendo:

—¡Es muy guapa!

Y otra voz distinta, imitando también el eco, que decía:

—¡Pero muy antipática!

Luego risas juveniles, como celebrando la broma hasta que Regina, ofendida, mirando en dirección de donde venían, pudo distinguir las siluetas de dos hombres jóvenes que juguetaban en lo alto de la loma. Se llamaban Jaime y Tomás, porque Regina oyó que se interpelaban así al reír la humorada de imitar el eco.

Un momento los vió como forcejear jugando en los deportes de nieve y no pudo ver más porque de pronto el que parecía más joven, el llamado Jaime, perdiendo el equilibrio, vino rodando cuesta abajo hasta llegar inopinadamente a los pies de Regina. Y fué todo tan bruscamente súbito, que el joven arrastró a la muchacha en su caída hasta sepultarse con ella y el perro en un pozo de nieve.

Rápida, Regina, sacudiéndose la nieve y mirando furiosa a Jaime, que en el impulso de la caída se había agarrado a ella, trató de incorporarse mientras el joven desconocido la saludaba cortés y graciosamente en aquella ridícula postura.

—A los pies de usted, señorita.

Ella hizo un brusco movimiento para desprenderse a la vez que pronunció con tono áspero y seco:

—¡Suéltame usted!

Pero impulsada por su propia nerviosidad volvió a caer, mientras el joven lanzó ya la carcajada. El perro desprendido del grupo, comenzó a ladrar furiosamente a Jaime y éste, exasperado por los ladridos, cogió al perro por el cuello y lo tiró fuera del hoyo. Volvió a reír entonces contemplando a Regina que se tambaleaba, queriendo encontrar firmeza en la nieve y que para guardar el equilibrio instintivamente se apoyó en él para no caer nuevamente. El, interpretando acaso fatuamente intencionada esta debilidad

de la muchacha, trató de poner en su ayuda el deliberado propósito de retenerla, o a ella seguramente le pareció así, porque toda roja de rubor y de indignación le miró hecha una furia y le abofeteó violentamente.

—¡Atrevido! Suéltome usted le he dicho.

Luego Jaime, turbado y confuso, y más aún cuando oyó la voz burlona de su camarada Tomás que sentado al borde del barranco había presenciado la escena y gritaba entre carcajadas:

—¡Le ha pegado, le ha pegado!

Los dos caídos volvieron entonces el rostro hacia Tomás. Regina, sofocada, casi lloraba avergonzada de su situación, pugnando por levantarse ella misma sin conseguirlo, hasta verse forzada a tender la mano a Jaime para que la ayudara. Pero él entonces tuvo un rasgo insospechado para ella: sin prestarle atención se levantó muy digno y salió del hoyo sin volver siquiera los ojos a la muchacha.

—¡Oiga, oiga!—gritó ella espantada al ver que la dejaba sola.

Pugnó por salir del pozo de nieve por donde el joven había salido y, no pudiendo conseguirlo, volvió a gritar más aterrada:

—¡No me deje aquí! Sea usted galante y ayúdeme a salir.

Jaime, sin embargo, se contentó con volver la cabeza, mirar desdeñosamente a Regina y encogerse de hombros para seguir después de esto su camino.

El perro, al borde del pozo de nieve, volvió a ladrar furiosamente a Jaime y Regina desesperada gritó:

—¿Pero va usted a dejarme así? ¡Muértele, Mico! Anda con él. Muértele, despedázale... ¡Cobarde!

Ya Jaime volvió sobre sus pasos.

—Cobarde me ha llamado usted?

—¡Sí, cobarde!... ¿Me ayuda usted a salir o no?

—¡Dios me libre!—contestó irónicamente el joven—. He quedado maravillado después del afectuoso recibimiento que usted me ha hecho hace un instante.

Regina templó su voz.

—Ayúdeme a salir, por favor. Eso haré que le perdone la ofensa. Pero corra usted, por Dios, que me muero de frío.

Jaime entonces, jovial, dando su brazo a torcer y cogiéndose el carrillo dolorido y como consultando con él, preguntó:

—¿Qué hacemos? La perdonaremos.

—Pero ¿me ayuda o no me ayuda? Acabe ya de una vez—desesperó Regina.

—Señorita—insistió el joven—, mi mejilla dolorida dice que esa ofensa se repara sólo con un beso. Voy a probar. ¿Me lo promete?

Se inclinó ya resueltamente hacia donde estaba caída Regina, le agarró la mano y de un tirón la hizo subir al borde del hoyo. Saltóse ella con intención de marcharse y él entonces la sujetó, señalándole mudamente el carri-

llo ahofetando en espera de la reparación debida. Ella, ofendida, rugando rotundamente con la cabeza, se desprendió de Jaime violentamente alejándose corriendo hacia el automóvil. Dudó Jaime unos instantes sin saber qué hacer, hasta que en un impulso se lanzó a la carretera tras de Regina. Llegó a alcanzarla y entonces, sin dejar de reír, entre arañazos y patadas de ella, se cobró él solo de la deuda galante, besando a la muchacha.

Hecho esto se alojó ya muy serio entre las carcajadas de Tomás, que había seguido la escena y encontraba aquello muy divertido.

Regina, abatida, llorosa, restregándose furiosamente los labios con la manga, sorbió su indignación y sin pronunciar palabra abrió la portezuela del coche, hizo subir a él al perrito y acomodándose luego junto al volante puso el automóvil en marcha y arrancó. De pronto observó que el vehículo oscilaba extrañamente. Paróse a los pocos metros para examinarlo y pudo comprobar que tenía un neumático deshinchado. Y entonces todas las emociones de Regina, su turbación, su violencia íntima, la ofensa recibida, la indignación que sentía se resolvieron en el gesto desesperado de arrancarse el gorro de la cabeza, arrojárselo al suelo y pisotearlo como si en él quisiera pisotear la incorrección que con ella había cometido el joven bromista y desconocido.



## IV

La taberna de la aldea estaba a esta hora desanimada. Casi medio día y solamente en una mesa mataban el ocio cuatro hombres, jurando y bebiendo. Debía de llamarse uno de ellos Juan, pues así lo denominaban los muchachos que departían en la mesa cuando se dirigían a él. La conversación, por otra parte, parecía languidecer en aquel ambiente frío de la taberna, donde la dueña dormitaba detrás del mostrador sin tener que hacer. Toda esta soledad del recinto, su pobreza y la estufa medio apagada contribuía a hacerle más desasosado.

Un hombre entró casi renegando, pues sus pasos denotaban cansancio, llegó muy despacio, se sentó junto a ella y extendió las manos, refregándolas luego y estremeciéndose como acariciado por la sensación de captar el débil calor del combustible, ya mortecino.

—Qué, ¿hace frío, abuelo?—le preguntó de lejos, desde la mesa donde jugaban y bebían los cuatro hombres, el llamado Juan.

El desconocido, que era el vagabundo que ya hemos encontrado en otros lugares del poblado y de la campiña, volvió el rostro hacia la tertulia como si no hubiese entendido lo que le preguntaban y quedó un instante mirando a todos con expresión de indiferencia. Luego de pronto, pareció reaccionar,

y, haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza, se levantó de junto a la estufa, fuese a un rincón y allí sentóse junto a una mesa, quedando silencioso y pensativo.

—No me gusta nada este viejo—exclamó por lo bajo uno de la partida.

Otro añadió:

—Y nadie sabe de dónde viene ni qué hace aquí. Yo juraría que apareció por estas contornos cuando empezaron los crímenes.

El llamado Juan sonrió entonces barlamente:

—¿Quieres relacionar su presencia con ellas? No sabes lo que dices. El pobre es más bueno que el pan.

—¿Lo conoces tú de antes?—le preguntó entonces el que había expresado la desconfianza que le merecía el viejo.

—Yo no—contestó Juan—; pero me ha hecho un buen servicio indicándome un paso desconocido en la montaña, ahora que empieza a ser vigilada. Y ha hecho esto no sólo conmigo, sino con otros a quien ha prestado el mismo favor.

—Más raro aún, porque entonces conoce bien el terreno.

Uno de la tertulia pidió en esto más copes y vino Ruperta, la tabernera, a servirles. Su marido apareció a punto para hacer sus veces, y, como venía de la calle y observó la soledad del recinto, exclamó irónicamente:

—¡Vaya si tenemos hoy concurrido el local!

—Pues ha venido ya—le dijo en tono misterioso la tabernera—y por lo visto quiere hablar contigo.

Indicaba con los ojos mientras decía esto al vagabundo que callaba solitario y pensativo en un rincón del salón, y el tabernero, mirando también inteligentemente a su mujer, se limitó a contestar con el mismo tono recatado:

—Lo sé.

\* \* \*

Debía de producir preocupación general la presencia del viejo desconocido en aquellos contornos, pues en la casona de don Guillermo también éste insinuaba algunas sospechas al sargento de Policía que había acudido en compañía del juez a pedir asesoramiento al señor.

Ahora la actitud de don Guillermo era, en contraposición de otras suyas, enérgica e impetuosa. Paseaba nerviosamente a lo largo de su despacho y oía con vivo interés las explicaciones del sargento, que con toda clase de detalles le exponía los planes que había meditado para vigilar la montaña, dar con los asesinos de Miguel «el Tanclevo» y evitar posibles accidentes semejantes. El sargento parecía muy pagado de su función y de su deber, repetía insistentemente las medidas de precaución que juzgaba necesarias.

—Vuelvo a decir, don Guillermo,

que mientras llegan los refuerzos que espero podríamos formar una milicia civil con los jóvenes del lugar.

—Muy acertado—contestó don Guillermo—. Y si para ello hace falta dinero ya sabe que puede contar conmigo.

—Así lo esperaba yo—respondió el sargento—, y contando con ello he dado ya los primeros pasos para organizar esa milicia. Todas las noches saldrá una ronda encargada de detener a todos los desconocidos.

—Sin olvidar—apuntó don Guillermo—lo que le dije a usted antes.

—¿Qué fue?

—Lo que hay que averiguar sobre ese sujeto. Mis criados me han contado que la aparición de ese viejo desconocido a todos intriga y causa recelo.

—¿Quién, ese vagabundo? ¡Oh! Es un infeliz incapaz de hacer daño a nadie. El pobre apenas puede sostenerse en pie.

Don Guillermo compuso entonces su gesto bondadoso y amable.

—Ya comprenderá usted, señor sargento, que está lejos de mi ánimo intentar hacer a ese viejo sospechoso. Sin embargo, como medida de prudencia, y desde luego sin causarle la menor molestia, no estará acaso fuera de razón pretender enterarse de los motivos de su presencia en estos contornos. Qué hace aquí, para qué ha venido y qué empeño trae para establecerse entre nosotros.

Calló don Guillermo, porque sintió en el vestíbulo que daba al despacho la voz de Regina, que hablaba nerviosamente a su can:

—¡Arriba, Miseco! ¡Que bien nos han molestado y hecho raiar hoy!

Tras de estas palabras se abrió lentamente la puerta del despacho y apareció la muchacha toda sofocada y llorosa. Mas al ver que don Guillermo no estaba solo, quedose parada junto a la cortina, contentándose con decir en un tono de voz que denotaba su agitación:

—¡Padrino!

Don Guillermo preguntó alarmado, yendo hacia ella:

—¿Qué sucede?

—Nada—contestó nerviosa Regina—, cuando estés solo te lo contaré.

Pero en seguida, cambiando de parecer, avanzó resueltamente por la estancia y, llegando a donde estaba el sargento y el juez, los apostrofó colérica:

—Si ustedes vigilasen mejor la montaña no nos veríamos obligados a vernos molestados por forasteros.

—¿Forasteros?—inquirió extrañado don Guillermo—. ¿Pero has visto tú a forasteros por aquí?

—He visto a dos y han pretendido... ¡robarme!

Parecieron quedar todos como aplastados por la revelación de la muchacha, y don Guillermo, saliendo de su estupor, imitó con impaciencia:

—Cuenta..., cuenta...

—Pues verán ustedes... —comenzó Regina, dispuesta a relatar el encuentro que había tenido con Isidro.

Pero de pronto, sin explicarse ella misma por qué, hizo una contracción de sus músculos, cerró los ojos y quedó callada...

—Vamos, Regina, hija mía, ¿qué te pasa? —exclamó desconcertado don Guillermo—. ¿Por qué callas?

—No tengo más que decir—respondió Regina.

—¿Que no tienes más que decir y no nos has dicho nada?

—¿Te parece poco—desvió ella, señalando el aspecto de su indumentaria—cómo me han puesto?

El sargento entonces se creyó en el caso de intervenir para asumir las funciones de su competencia.

—Perdone, señorita—dijo—, pero es necesario aclarar lo que sea. ¿Dónde ha encontrado usted a esos hombres? Describanoslos e irá mi gente en su busca para capturarlos.

Regina hurtó ahora sus ojos a las miradas del sargento. Y atropelladamente, con un tono de voz que parecía no responder a la sinceridad, o que la emoción le hacía acumular detalles grotescos, explicó incoherente:

—Pues el uno era alto, delgado, rubio, con acento extranjero y cara de idiota.

—¿Y el otro?—preguntó don Guillermo.



—El otro... el otro... era muy feo... bajo... regordete... calvo. Con barbas, gafas y cara...

—¿También de idiota? — insinuó, queriendo completar la frase, el padrino.

—Sí, de idiota también.

En seguida, como si ella misma no pudiera afrontar ya esta situación, dió media vuelta y salió del despacho de estampía, dejando estupefactos a los tres hombres. Los tres se miraron mutuamente sin comprender.

Don Guillermo, preocupado y a punto de irritarse; el juez, como si acabara de caer de las nubes, y el sargento, como humillado y molesto. Porque aunque no lo dijo, lo que quería expresar con aquellos ojos que desparataba turbamente era que la señorita o estaba loca de remate o los había tomado sencillamente el pelo...

## V

AQUEL espejo ante el que se contemplaba Regina, recién afeitada, con la frescura matinal, a pesar de haber tenido un sueño intranquilo, le decía que debía encontrarse satisfecha. Se veía ella misma joven, bella, con la piel blanca y tersa y los ojos rasgados, profundos y soñadores. Debió ella de avergonzarse de su propia vanidad de mujer, porque, sonriendo al espejo, exclamó, como reprendiéndose a sí misma:

—¡Qué cabecita más loca!

Rió ya francamente cuando se dijo esto y, dirigiéndose al perrito, que jugaba a su lado, le pidió su opinión acariciándole:

—¿No te parece, *Misuco*?

Se hallaba sin saber por qué contenta, juhilosa, optimista. Y canturreaba dando los últimos retoques a su cabello y a punto de salir a la cocina para buscar el desayuno.

La pieza donde desayunaban los moradores de la casona era una estancia con amplia chimenea y ancho mirador que daba a la campiña nevada. Si no hubiera sido por el hogar, destinado a los usos culinarios del desayuno, aquella pieza, bien amueblada, cómoda y hasta lujosa, se hubiera tomado por un severo comedor entre señorial y campestre.

Ya estaba allí, más madrugadora que todos, doña Julia, apurando su desayuno, cuando entró Regina, llevando a *Misuco* en brazos. Llegó a donde estaba la tía, la besó cariñosamente, dándole los buenos días y sin sentirse se sirvió ella misma el café y la leche humeante, dando vueltas a la cucharilla con movimientos que denotaban a la vez impaciencia y turbación.

Doña Julia la observaba atentamente, como esperando que la muchacha resolviera en alguna frase aquella nerviosidad; pero al ver que Regina seguía alegre y callada se decidió a preguntar:



—¿Cómo te has levantado hoy tan temprano?

—No podía dormir, tía Julia.

—Se comprende. Después del sobresalto de ayer... Pero te ves con traje de excursión. ¿Es que piensas salir también esta mañana?

—¿Por qué no? ¿Qué voy a hacer en casa?

—¿Y vas a salir sola?

—Con Misuco.

—¡Valiente ayuda para un caso de apuro! Vuelve pronto... No estoy tranquila más que cuando Guillermo y tú estás a mi lado.

—No temas por mí...

—Sí, ya sé que no eres cobarde, pero de todos modos no te alejes mucho.

—Bueno, seguiré tu consejo... Pero tengo hoy ganas de correr. Adiós, tía Julia.

Salió jovial y saltarina, acariciando al can y como alborotando la casa con los chillidos que dirigía a Misuco. Rápidamente bajó a la cochera, preparó el automóvil y poco después se halló frente a la campiña vestida de blanca, esclarecida por el sol y estremecida por el viento matinal que sacudía en los árboles los copos de nieve.

—¿Quieres saber por qué no pude dormir anoche, Misuco?

El perro alzó las orejas desprecavado por el pellizco y ladró como perro inteligente y mimada.

—Pues no pude dormir—continúa Regina—, porque la conciencia me re-

mordía de haber ahofeteado y amañado al joven que conocimos ayer. ¿No te parece que obré mal, Misuco?

Si ella buscaba el asentimiento del perro, éste no tardó en contestar, porque ladró de nuevo y repetidamente.

—¿Ves, Misuco, cómo a ti te parece que obré mal? A mí también. De ahora en adelante procuraré contenerme y comportarme con más moderación... Y para empezar vamos a ir al lugar donde le encontramos ayer, y si le vemos le pediremos perdón. Después de todo el ofendido es él. El quiso sostenerme para que no cayera y yo le di un bofetón. Y aunque no le dije que si cuando puso por precio del auxilio que le pedí la recompensa de un beso, yo callé como si aceptara tácitamente, con tal de que me viera en salvo. El pretendió cobrarse de lo que interpretaba una deuda, y ya ves, le arañé.

Una canción leve y lejana que parecía venir volando por la nieve distrajo a Regina de estos coloquios con Misuco. En la claridad maravillosa de la campiña dijérase que todos los rumores se apagaban bajo el eco dulce y vívil de esta canción y Regina paró el coche para oírlo mejor.

El acento no le era enteramente desconocido y se le figuraba que lo había oído más de una vez. La canción se acompañaba de la música de un acordeón y a la vez los golpes de un hacha parecían coordinar las pausas

del ritmo como llevando el compás.

Curiosa e interesada por la linda canción montañesa, Regina salió del automóvil y con *Misuco* en brazos ascendió por la loma en dirección por donde venía la dulce melodía. Pronto sobre un repecho, pudo distinguir una cabaña de las que frecuentemente habitaban los alpinistas y darse cuenta de que el acordeón lo manejaba alguien dentro del refugio mientras cantaba la letra desde fuera un hombre que abatía a golpes de segur un árbol. Debía de ser el mismo Tomás, porque el leñador conoció Regina que era Jaime, y así lo expresó a *Misuco*, como si afirmara la primera y vaga impresión que tuvo al oír la voz:

—¿Ves, *Misuco*, cómo era él?

Pero después de haber dicho esto vaciló.

—¿Qué hacíamos, *Misuco*? ¿Seguimos o nos vamos?

El perro esta vez no ladró, y ella interpretando que *Misuco* era demasiado discreto y que tendría que resolver el problema por sí mismo, se decidió a seguir, atraída por esa sugestión, que ejercen a la vez el riesgo y la curiosidad.

Poco a poco escaló la cima, procurando no ser descubierta por Jaime hasta llegar a colocarse muy cerca de él, expiéndole por entre las ramas de los árboles. Jaime, ajeno a la observación de que era objeto, seguía cantando, aplicado afanosamente a su traba-

jo de cortar leña hasta que *Misuco* ladró desahoradamente de improvviso. Rápidamente intentó Regina hacerla callar, tapándole el hocico con la mano, queriendo prolongar su situación de encubierta, pero se decepcionó cuando vió que Jaime, al oír los ladridos, volvió la cabeza, reparó en el perro y en su dueña y sin mostrar para nada interés tornó indiferente a su trabajo y a su canción.

Ya Regina, estimulada por el desdén, se descubrió del todo para saludar amablemente cerca de Jaime:

—Buenos días.

—Buenos días—contestó secamente él, sin interrumpir su tarea.

Ella vacilaba, no sabiendo cómo prender la conversación.

—Qué casualidad!—exclamó—encontrarnos otra vez los dos.

El, mirándole con gesto de contrariedad, permaneció callado y rodeó los golpes del hacha acompasándolos con la canción que empezó a modular de nuevo.

—¿Usted no es de aquí?—insistió nuevamente Regina—. Antes de lo de ayer no le vi nunca.

—Tampoco—contestó Jaime, aunque con la nueva mirada que dirigió a la muchacha parecía habérselo apagado un poco la animosidad.

—Claro—continuó Regina—que tampoco sabía que hubiera aquí esta cabaña.

Y, en vía de disculpa o de explicación innecesaria, añadió:

—Ayer se me escapó *Misuco* y hoy también. Por lo visto, no le ha sido usted simpático.

Ya Jaime despegó los labios:

—Puede—contestó secamente y volvió a su trabajo.

—¿Lleva usted mucho tiempo viviendo aquí?

—Mucho.

—Y aquel otro muchacha que estaba con usted ayer, ¿es amigo suyo?

—Sí.

La muchacha, enfadada ya ante el laconismo del joven, dió dos pataditas en el suelo, increpándolo:

—¿Pero es que usted es incapaz de decir dos palabras seguidas?

El se enojó de hombros como si quisiera significar que no le interesaba nada agradarla y redobló sus esfuerzos para abatir el árbol. El tronco, va carcomido por el hacha, empezó a ceder e inclinándose la copa cayó bruscamente, crujendo tan cerca de Regina, que ésta hubo de saltar para no ser aplastada por las ramas.

—¡Bruto!—exclamó indignada, mirando a Jaime—. Ha podido usted hacerme daño.

—Si no se metiese usted donde no la llaman—replicó él—, se evitaría correr peligros.

—Ea usted un grosero—se exaltó ella—. No quiero hablar con usted.

—Le prevengo—advirtió Jaime so-

carrón—que si quiera salir de aquí con las uñas intactas es mejor que se calle. Sería una lástima que las perdiera tan pintadas como las trae usted.

—¡Ah! ¿Pero va a amenazarme?—respondió furiosa Regina—. Quien puede hablar aquí de amenazas soy yo. Puedo hacerlo prender por cortar árboles que no son de su propiedad.

No hubo tiempo para la respuesta que pudiera dar Jaime, pues una voz sonó burlona a espaldas de los jóvenes, preguntando:

—Conque en amable conversación, ¿eh?

Volvieron la cabeza. Era Tomás, que se creía en la puerta de la cabaña y añadía a poca, dirigiéndose a Jaime:

—¿Así cumples tu palabra, amigo? ¿No me prometiste traer sus uñas en una bandeja?

—¡Ah! ¿Pero también estaba aquí el esquimal ese?—extrañó Regina.

—¿Yo esquimal?—gritó furioso Tomás—. ¿Yo esquimal? ¡Ahora verás!

—¿Pero qué pretende ese tipo?—exclamó, medio asustada, Regina al ver que Tomás venía corriendo hacia ella con unas tijeras de podar en la mano.

—Le aconsejo a usted que se vaya—recomendó a la muchacha Jaime, poniendo a la voz cierto tono temeroso.

Pero la muchacha se rebeló altiva:—No quiero—proclamó—. Estos terrenos son de mi padrino y en ellos estaré mientras me dé la gana.

Llegaba Tomás haciendo sonar las



tijeras y poniendo cara de salvaje.

—O le haces tú la manicura—gritó socarronamente a Jaime—o se la hago yo.

Jaime puso una cara más feroz todavía.

—Trae esas tijeras—contestó a Tomás. Y dirigiéndose a Regina sentenció con decisión: Señorita, usted lo ha querido.

—¿Pero qué va usted a hacer?—preguntó alarmada Regina.

—Ciertamente a usted las uñas. Se lo prometí ayer a mi amigo. Y ya que usted se empeña voy a cumplir mi palabra. Traiga las manos.

—Regina gritó, viéndose desvalida:

—¡Misuco, defiéndeme!

—Traiga las manos y deje en paz a ese chacho ridículo—insistió Jaime—. Le voy a taracear las uñitas para que no presuma.

Viendo la acción a la palabra, se dirigió resuelto a la muchacha esgrimiendo las tijeras, y Regina, no encontrando otro recurso que la escapada pretendió correr precipitadamente, pero tropezando con el tronco del árbol que había abatido Jaime, vino a dar en tierra, retorciéndose en una contracción dolorosa.

—¡Ya es nuestra, Jaime, ya es nuestra!—gritó con júbilo Tomás, viendo la caída—. Vamos con ella.

Y Jaime, efectivamente, se acercó a Regina para cogerla una mano. Más he aquí que de pronto quedó parali-

zado y apagó la risa que hacía fieramente bullón en semblante. Vió los ojos de ella borrosos, suplicante adolecidos por tal expresión de terror y angustia que se estremació

—¿Pero por qué te detienes?—le preguntó Tomás—. Trae las tijeras, que lo hago yo.

—¡Aparta!—exclamó ya conmovido Jaime—. ¿No ves que llora?

—¡Bah! Pamplinos. Déjame a mí.

Se habían acachado ya para Jaime las chanzas, porque apartó de un empujón a su amigo y se volvió otra vez solícito hacia Regina.

—¿Se ha hecho usted daño?—preguntó, poniendo interés y blandura en el acento.

Y ella, que así lo comprendió, intentó sonreír a través de sus lágrimas.

—No es nada—dispensó.

—¡Oh, cuánto siento que nuestras bromas hayan llegado a esto!

—¡Ah! ¿Pero era todo una broma?

—¿Pues qué pensaba usted, señorita? Una broma y acaso de mal gusto, pero discúlpela. Mi amigo tiene siempre excelente humor y se me contagió de sus ocurrencias. Ando, permítame que la ayude a incorporarse.

Tendió afectuoso y compasivo las manos a Regina, la cual, flaqueando, se incorporó, haciendo esfuerzos por sostenerse y mordiendo los labios para no lanzar el grito de dolor que le producía la articulación lesionada.

—¿Ve usted?—exclamó casi com-



pungido Jaime—. Debe de haberse lastimado el tobillo. No puede andar. ¡Cuánto lo siento! Pero permítame que repare en lo posible el daño que le hemos causado y déjese llevar en brazos a la cabaña.

Tomás había callado, serio también y como pesaroso de haber llevado tan adelante la broma. Y como no pudo hacer otra cosa, sirvió de guía, desbrozando el camino a Jaime para que condujera fácilmente a Regina a la cabaña. Ya allí la acomodaron en un sillón. Jaime se arrodilló ante la muchacha, la hizo poner el pie lastimado sobre sus manos y probó con sus conocimientos de deportista que se había visto en parecidos accidentes a aplicar remedio a la luxación.

—¿Nota usted alivio, señorita?—preguntó después de sus operaciones.

—Sí, mucho. Casi pudiera decir que no me duele ya.

—¡Cuánto me alegro!

—Y yo también—exclamó de lejos Tomás, que no sabiendo qué hacer se había retirado a un ángulo de la estancia y allí pelaba patatas como si quisiera distraer en esta ocupación el arrepentimiento que sentía por haber motivado con su broma los sufrimientos de la muchacha.

—Ahora—expresó después de una pausa Regina, mirando a Jaime—supongo que me perdonará usted los arañazos de ayer y que seremos buenos amigos.

—Yo así lo espero y lo deseo, señorita—contestó sinceramente Jaime.

Tomás, afable, volvió a intervenir desde su rincón:

—¿Por qué no se queda usted aquí para hacernos compañía? Esto es muy agradable. Por lo que a mí toca, tendría en usted una ayuda para mis menesteres culinarios.

Como decía Tomás, la cabaña era agradable. Un refugio entre la nieve. La intimidad abrigada y cálida frente a la intemperie. Oír la celisca y las tempestades de fuera y sentirse segura y amparada junto al fuego rutilante de la lumbre. Verdaderamente debía de ser un placer inefable vivir así.

Sugestionada un instante por esta sensación anticipada de la cabaña, la expresó sonriente:

—Ya me gustaría, ya... Debe de ser un encanto esta soledad.

—Pues decidase usted—invitó Jaime.

Sonrió Regina con gesto amable y probó a levantarse. Ya podía afirmarse por sí misma en sus pies y andar, aunque con alguna torpeza.

—¿Le molesta todavía?—interesó solícito Jaime.

—Ya apenas nada... Un pequeño dolorcillo, que pasará tan pronto entre en ejercicio al andar. Y ahora...

Hizo una pequeña pausa y, al fin, resolvió:

—Ahora, amigos míos, adiós... Espero que volveremos a vernos.

— Por aquí, encantado—asiñó Jaime.

Tomás hizo el ademán de despedida desde lejos, mostrando la mano, como queriendo significar que en el estado en que la veía—mano de cocinero—no podía estrechar con ella la fina y polimentada de la muchacha, pero se unió a su amigo para acompañar a Regina hasta la puerta de la cabaña.

—¿Quiere que vaya con usted?—preguntó galante Jaime.

—No, gracias; me siento ya completamente bien. Adiós, amigos.

—Adiós...

La vieron alejarse los dos hombres como una pajarita en la nieve. Y cuando desapareció, Jaime se volvió sonriente a su amigo para preguntarle con cierta petulancia:

—¿Qué tenía yo razón o no al decirte que esa mujer volvería?

—¡Chico—ponderó Tomás—, eres un hacha! La mocosa va loca por ti.

—Pues el día que nos con venga—terminó Jaime—ella misma nos abrirá las puertas de su casa. Creo que esta vez el viejo no estará descontento de mí.

Y sonrió con aire satisfecho, como recreándose en el misterio que encerraba estas palabras.

## VI

Desde esta entrevista se le despertaron a Regina insólitas aficiones a la montaña. Y soñó que se enamoraría del deporte de esquiar y que hallaría bellezas singulares en aquellos paisajes, vestidos de armiños.

Madrugó por esto animosa de ver salir el sol en aquellos picos nevados; gozándose por anticipada en contemplar cómo la luz iría componiendo gamas fantásticas con la nieve, cómo el leve vapor blanquecino que ascendería de los valles se colorearía de dorado y púrpura.

Callaba la naturaleza cuando ella se encontraba ya en una de las lomas de la montaña. Apenas se oía un rumor. Sólo la fricción de los esquís en la nieve deseaba un suave sonido en el viento y sólo los árboles, sacudiendo de vez en cuando los copos que aprisionaban sus ramas, acusaban los latidos de la tierra como recién nacida y cándida en la paz matinal.

De pronto, en una de las vueltas que dió Regina esquiando, vió que venían a su encuentro, haciendo también deporte, Jaime y Tomás. La saludaron afables como si fuesen viejos amigos que se hubiesen conocido de siempre, y Jaime, naturalmente, se puso al lado de la muchacha y empezó a patinar con ella.

Apenas hablaban, pero sonreían, mirándose y el muchacho admiraba la

grácil agilidad de la esquiadora, cuyo airoso traje de deportista le daba un encanto juvenil, puro y fresco como la mañana. Ella entreabría la boca como para recibir el viento o sonreír a la luz que cabrilleaba en los rizos señosos que se le agitaban, saliendo del gorrito blanco en el impulso de la carrera.

Y aunque su intimidad sólo trascendía en estas sonrisas confusas, en estos coloquios sin palabras, Regina sintió el inefable deleite de hallarse contrada y feliz. Y así varios días, patinando con Jaime, o ensayando el deporte del trineo; dejándose llevar por él y colebrando con él los vertiginosos deslizamientos por las laderas, cuando ambos, como fasciados por el vértigo, sólo sentían ansias de vida y de libertad.

Uno de estos días la plaza pueblerina se turbó con los bocinazos de un automóvil, que no era el que acostumbraba a manejar Regina. Dijérase que era un coche indefinible, como el que le conducía.

Era éste un hombre que pronto frisaría en los sesenta años, de pelo canoso y facciones, más que duras, austeras y graves.

Los chiquillos interrumpieron sus juegos para observar al desconocido, y vieron que apenas descendió del coche echó una ojeada a la plaza y se dirigió derechamente a la taberna.

El viejo vagabundo que ya nos es conocido estaba allí sentado junto a la

estufa, con el mismo aire melancólico y pesativo de siempre. Cereza de él había varidos hombres, que jugaban y bebían.

El recién llegado viajero, después de observar con una mirada rápida el local, fué a sentarse en una mesa vacía, próxima al vagabundo. Tocó en seguida las palmas.

—¿Qué desea usted tomar?—preguntó, acudido, el tabernero.

—Traiga dos cervezas, y dígame al dueño que venga.

Después de esto, mientras la tabernera transmitía a su marido en el mostrador la demanda del recién llegado éste, volviendo a observar el local, se dio cuenta de que algunos de los que allí estaban le miraban recelosos, y el viejo, sentado junto a la estufa, entrecerraba un ojo y le examinaba de soslayo.

El tabernero, cuando recibió el recado de la mujer, preparó el mismo las dos cervezas, abandonó el mostrador, y, tomando la bandeja, vino con la bebida a la mesa del recién llegado.

—¿Desearía usted hablarme?—preguntó.

—Sí; siéntese y acompáñeme a tomar eso.

—Usted dirá—demandó, después de sentarse, el tabernero.

—Es un asunto de importancia. Espero que usted me proporcionará lo que necesito.

—Según de qué se trate, señor...

—May sencillo, y le hablaré sin ambajes: de que me proporcione usted un guía, en el que pueda haber confianza, para pasar por la montaña unos fardos de contrabando.

El tabernero se rascó la cabeza, como dudando.

—Difícil va a ser—respondió—. En estos días han ocurrido varios incidentes, y no hay quien quiera cruzar la montaña.

—Estoy dispuesto a pagarlo bien—advirtió el forastero—, y usted tampoco tendrá queja de mí.

Aun volvió a vacilar un poco el tabernero; pero como si la promesa de la dadora reblandeciera sus resistencias, se decidió, dejando traslucir una débil promesa:

—En fin, probaré.

Volvió la vista, buscando entre los parroquianos del local el hombre que le convenía, y reparando en uno, que en este instante le miraba, le llamó, haciendo una seña con la mano.

—Acércate, Juan.

Juan, que bebía y jugaba con varios compañeros, se levantó de su sitio, y se llegó a la mesa donde estaban el tabernero y el desconocido.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Este señor—dijo el dueño de la taberna indicando al forastero—desea algo importante de ti. Entiéndete tú con él.

—Me han dicho—exclamó el solicitante dirigiéndose a Juan—que usted

conoce bien estos lugares y sabe los mejores pasos de la montaña.

—Es mi oficio, señor.

—Pues bien; yo necesito pasar unos fardos. Es preciso que usted nos sirva de guía.

Juan expuso los riesgos de la empresa. La montaña parecía estar vigilada. Además, recientemente se habían producido accidentes, que hacían temerario y peligroso el oficio de guía.

—Casi no me tienta su oferta, señor... ¿Cómo he de llamarlo?

—Llámenme Gaspar.

—Pues bien, don Gaspar, lo dicho: que por todas las circunstancias de que le he hecho mención tengo pocas ganas de meterme ahora en aventuras de esa clase.

—Es que yo haría que cuatro hombres de mi partida, bien armados, acompañaran a usted y le dicen recolta. Con esas precauciones, bien pueden prevenirse los accidentes.

Juan pareció vacilar aún, pero, al fin, se decidió:

—Bien; con esa promesa y pagándome por adelantado... Yo tengo mujer e hijos, y si me ocurre algo no quiero dejarles a la buena de Dios.

—Conforme, y trato hecho—cerró el forastero—. El lunes, a las dos de la madrugada, en el sitio.

Al llegar aquí, Gaspar recató la voz, y acercó su boca al oído de Juan para que nadie más que él le entendiera, porque le pareció que el viejo vaga-



bundo sentado junto a la estufa estaba escuchando la conversación.

En tanto, en el saloncito íntimo de la casa de don Guillermo, éste limpiaba una escopeta de casa, mientras su hermana doña Julia hacía su invariable labor de punto, y suspiraba de un modo que sólo sabía suspirar la señora cuando estaba a solas con él. Con suspiros lastimeros y hondos, que eran distintos a los leves, que reprimía habitualmente en la tertulia.

Doña Julia llevaba de vez en cuando sus ojos a los movimientos de su hermano, que parecía muy interesado en limpiar bien la escopeta. Tenía aquel silencio algo de penoso, y la mujer, por romperlo, preguntó a su hermano:

—¿No tienes nada que decirme?

—De nueva, nada.

—¿Y no te extraña el cambio que ha experimentado el carácter de Regina? Antes parecía triste, huraña, reconcentrada, y ahora, de pronto, la vemos alegre, expansiva, casi alecada...

—¡Bah!—disculpa don Guillermo—Nunca la hallarás a tu gusto. Las penas, a la edad de Regina, no son nunca duraderas. Crepitan un instante, y, súbitamente, se apagan como el fuego de virutas.

—De todos modos—opinó doña Julia—, bueno sería que te ocuparas más de ella, y que acelerases esa boda cuanto podieras.

Y cuando dijo esto, doña Julia suspiró tan hondo que a don Guillermo,

acostumbrado a estos hábitos interjectivos de la hermana, le pareció que esta vez lanzaba un quejido, y se quedó mirándola, preocupado.

## VII

La expedición convenida entre Gaspar y Juan se llevaba a efecto, y a la hora marcada el guía se acercó cuidadosamente al río. La montaña dormía, iluminada vagamente por el cálido resplandor de la luna.

Silenciosamente, bogando en una barca, cinco hombres se deslizaron sobre las aguas. Se oyó un leve silbido, y se alzó desde la orilla Juan. Apenas hubo palabras en la afanosa prisa de salvar los hombres a tierra. Gaspar entregó un fardo a Juan, que lo colocó sobre su espalda; esperó a que los otros cuatro hombres hicieran lo mismo con sus fardos respectivos, y, hecho esto, Gaspar, volviendo a embarcar, empujó los remos, y se alejó en dirección contraria a la que con sus hombres había traído.

Los contrabandistas emprendieron a continuación su camino a través de los vericuetos de la montaña. Si creían que nadie más que ellos alentaban a aquellas horas en estas soledades, un ojo avizor hubiese visto al viejo vagabundo escondido entre unos arbustos, y a Tomás y a Jaime, por otro lado, armados de escopetas y agazapados tras de las rocas, que dominaban uno de los pasos de la montaña.

De pronto Tomás, inconscientemente, encendió una cerilla para prender su cigarro.

—¡Chist! ¿Qué haces? —exclamó alarmado, Jaime.

—No me di cuenta.

—¿Has visto? Parece que entre el ramaje ha cruzado la silueta de un hombre.

—Figuraciones tuyas.

—No, no. Apostaría que no me he equivocado.

—¿Quién será?

—Haremos de averiguarlo.

Horas después, el sol iluminaba las cumbres con sus primeros rayos. Se estremecía de nuevo el paisaje con su primitivo alborozo. Ni Jaime, ni Tomás, ni el vagabundo permanecían ya en los puestos donde se les vió como auscultar las palpitaciones de la noche, en el silencio maravilloso de la montaña.

Un nuevo día para Regina, que madrugadora, alegre y piéprata se disponía a descender la ancha escalera interior de la casona para dirigirse a la cuadras, donde la salió al encuentro tía Julia.

—¿A dónde vas? —preguntó a la muchacha.

—A donde todos los días: a montar a caballo y salir a la montaña. Y allí, luego, a esquiar.

—Oyeme, Regina—demandó juiciosamente tía Julia—. ¿me quieres decir a qué obedece esta afición repen-

tina que se te ha despertado por los deportes? Antes no te gustaba.

—Pues ya ves; ahora me encanta —contestó alegremente Regina.

No dijo más, sino que, besando cariñosamente a tía Julia, corrió escalera abajo, desapareciendo pronto de vista de la respetable señora. Esta quedó moviendo la cabeza, como dudando de las explicaciones de la muchacha, y, como era previsora en todo, llamó al criado denominado Antonio, el servidor en quien doña Julia tenía más confianza.

—Mande usted, señora—cumplimentó el criado.

—Mira, Antonio, y comprende bien el alcance de lo que quiero decirte... Con mucha discreción procura enterarte de todo cuanto haga la señorita en sus paseos. Y huelga decirte que has de protegerla en cualquier peligro. ¿Entendido?

—Bien, señora; a sus órdenes.

Regina, en tanto, bien ajena a la guardia y espionaje que la había montado su tía, había cabalgado, y se dirigía a la montaña. Esta vez tomó por un camino distinto al que habitualmente solía recorrer. El paisaje era espléndido: nieve y verdor en bellísimas producciones de tonalidades frescas y jugosas. En un repencho, una ermita recortaba sus líneas en el aire azul, y, mirada de abajo, parecía otra mota blanca en la nieve.



*—Siento no poder acompañarte como todos los días...*



*—¡Pobre hija mía! Me hago cargo de todo y te disculpo. Yo también sufrí mucho hasta acostumbrarme.*





*El boticario parecía escuchar todas las opiniones beatíficamente.*



*—¿Quién me dice, repito, que el día menos pensado no bajen esos bandidos al pueblo y den que sentir al que menos lo espere?*





*—No puedo, padrino, no puedo— replicó Regina vicumente.*



*Era aquel tipo desconocido y extraño que la noche antes había merodeado...*



... pudo distinguir las siluetas de dos hombres jóvenes que juguetaban en lo alto de la loma.



—Le prevengo—advirtió Jaime Socarrón—que si quiere salir de aquí con las uñas intactas es mejor que se calle.



—¿Quiere que vaya  
con usted? — preguntó  
galante Jaime.



Y sonrió con aire satis-  
fecho, como recordan-  
dose.





*Tomás y Jaioc, por otra lado, armados de escopetas y agazapados tras las rocas que dominaban uno de los pasos de la montaña.*



*—[Ah! Por lo visto, no me conocen. Ustedes no son de aquí, ¿verdad?*





—¿Qué hay, muchacha?—preguntó él, observándola con recelo.



—Tú, Tomás, no le pierdas de vista—recomendó Jaime.



*La Policia, dispuesto a poner fin a estos desmanes, manda a dos muchachos jóvenes y fuertes, Jaime y Tomás.*



*Raúl Cancio, tan conocida y simpático actor, tiene a su cargo el papel de galán en «Sangre en la nieve».*

—¡Hala, querido—estipuló Regina al caballo—, no lleguemos tarde!

Le corrió levemente las espuelas, y el noble bruto, bostigado, aceleró el trote. Ella, como de costumbre, entarababa los ojos y alaba los labios, desecada del viento y de la pureza de la campiña.

Casi sin poder contener su emoción distinguió a Jaime, que, barruntando los pasos del caballo, se incorporó en la puerta de la ermita, y acudió a su encuentro para ayudarla a desmontar.

Se estrecharon, afectuosos, las manos, sonriendo él, como prendido en el encanto de aquella belleza juvenil, de la que transcendía fuerza, salud y vida.

—¿Por qué me has citado aquí?—preguntó él, iniciando la conversación.

—Porque tengo la costumbre, que ya parece promesa, de visitar una vez al mes esta capilla. Anda, entraremos en ella. Es muy bonita.

Jaime ató el caballo al troco de un árbol. No dejaba de sonreír, como expresando así la íntima satisfacción de la compañía. Entraron en la capilla, clara y desierta. Ella oró. Luego subieron al campanario, que semejava un índice de piedra, marcando en el remanso puro del cielo el signo inmortal de la vida. Después salieron, emocionados. Ella con una expresión como de tristeza, y él interesado por la intimidad de la muchacha. Tanto que, ape-

nas arabó ella de sentarse, como fatigada por su emoción, en uno de los peldaños de la escalinata del atrio, exclamó:

—¿Es indiscreción preguntarte por quién has rezado?

—Al contrario. He rezado por los que me faltan. Por mis padres, a los que no conocí, y en quienes pienso siempre con tristeza...

—Entonces, ¿ese don Guillermo con quien vives no es tu padre? ¿Qué parentesco tiene contigo?

—Es mi prometido—respondió débilmente Regina.

—¡Ah! (No pudo reprimir él, expresando en esta exclamación algo que parecía a la vez dolor y sorpresa.)

—Sí—confirmó Regina—. Era socio de mi padre, y al quedarme huérfana me recogió. Luego me envió a la ciudad, a uno de sus mejores colegios. Hace poco tiempo volví. Allí, en la ciudad, en aquel ambiente, adquirí los gustos por los que hoy me siento extraña en los límites de esta aldea y estos lugares. Hasta ahora llamo a don Guillermo padrino. Tía Julia, su hermana, me dijo que saldré de aquí el día de la boda...

Había quedado Jaime perplejo y desconcertado, como si le hubiesen dado un mazazo en la cabeza. Su actitud era ahora grave y digna, sin sonreír.

—Comprendo—exclamó—. ¡Con que te casas con tu padrino!

Regina se extrañó, más que de esta

razón, del acento que había cobrado la voz de Jaime.

—Es el único hombre—razonó—que me ha demostrado cariño.

—Di mejor—argumentó él—que es el único hombre que has tratado.

Además—le interrumpió Regina—, comprendo que él se ha sacrificado por mí. Podía habérsele casado bien, y no quiso hacerlo por no abandonarme.

—Y, claro está—añadió, con cierto despecho, Jaime—, tú te sacrificas ahora por gratitud.

Pero Regina le desconcertó más aún.

—No lo creas. Cumplo, sencillamente, con mi deber.

Dicho esto, Regina se levantó. Aparecía ahora también seria y grave, y él fué hasta el caballo, lo desató, y ruidamente, en actitud de simple cortesía, lo llevó de las bridas, acompañando a la muchacha en el descenso por la pendiente.

¿Observaba ella el efecto que habían hecho sus palabras en el ánimo del muchacho? Porque escudriñaba sus movimientos, como temerosa de ellos, en el silencio que se había hecho ahora entre los dos, y que parecía embrazoso.

Al fin, ella resumió la conversación, pero como desviando el tema anterior hacia motivos menos interesantes.

—Como no tenga amistades en el pueblo—dijo—, vengo aquí a la montaña, y me paso horas y horas en estas

solitudes, donde me estoy volviendo casi salvaje.

Seguía callada él, y Regina prosiguió:

—Lo que te he dicho: volviéndome huraña para toda el mundo, tanto que no me explico cómo ha llegado a congeniar contigo.

Ya él preguntó, dolido:

—¿Me juzgas a mí salvaje también, y por analogía buscas lo semejante.

—¿Qué sé yo!—divagó ella, a punto de caer en propia ambigüedad—. Pero ya conoces mi vida. La tuya, segura mente, será más interesante.

—Es vulgarísima, y te la pudiera resumir en esto: Mis padres quisieron darme una carrera; pero yo no tuve aptitudes o voluntad para terminarla.

—¿Y qué haces aquí?

—Nada y mucho. Verte una hora cada día y recordarte luego todas las restantes.

—Pero eso será ahora. Antes de conocerte no estaría aquí para ver y recordar a quien no sabía que existía ni por referencias.

El pareció entonces turbarse ante el argumento de Regina.

—Es verdad... Tomás y yo llegamos aquí de paso...

Titubeó un poco, y luego rompió a explicar atropelladamente.

—Eso es. Llegamos aquí de paso, y vimos aquella cabaña abandonada en medio de un paisaje maravilloso. La reparamos para pasar en ella una se-



mana... Pero luego la conocí, y la semana tiene ya más de treinta días...

Dicho esto entregó las bridas del caballo a Regina, que las demandaba en actitud de terminar la entrevista.

La muchacha montó, partiendo al galope, y dándole un adiós que parecía ahora raramente expresivo. Luego ella, a solas con sus pensamientos, mientras hostigaba al caballo inconscientemente para que corriera más, sonrió satisfecha. Delante llevaba la imagen de Jaime, triste y preocupado, adolecido por una extraña emoción. ¡Y misteriosa psicología femenina! En ver al muchacho así se enorgullecía tanto, y ello le producía tal alegría, que tuvo que llevarse la mano al corazón para reprimir su grito, temerosa de que este grito descubriese su intimidad como una clara revelación de su vida.

## VIII

LA noche de aquel mismo día, la típica taberna del pueblo hervía con los murmullos de la nutrida concurrencia. Parecía que se habían citado todos los contrabandistas del cantón para hacer pronósticos sobre los resultados que hubiese tenido la empresa de Juan sirviendo como guía a la partida de un forastero desconocido.

Auguraban sólo desventuras. Y alguien hasta lamentaba ya la suerte de

Juan, adjudicándole el mismo fin que el que habían tenido recientemente tres compañeros, el último Miguel «el Tonelero».

Pero de pronto, inesperadamente retumbó en el local la voz de Juan, que exclamaba jovial desde la puerta:

—¡Muchachos!

Todos volvieron la cabeza, saludando jubilosos al aparecido. Este entró ufano con aire de triunfo, y la alegría refagueándole por los ojos.

—¡Has sido un valiente, Juan!—le ensujearon—. ¿Cómo ha sido eso? Por más que ya lo suponemos al verte sin novedad, y nos alegramos.

—Efectivamente—contestó el guía—no hemos tenido ningún tropiezo. Se conoce que sabían que íbamos bien armados y dispuestos a todo.

—Si es lo que yo digo—musitó entonces un contrabandista dirigiéndose a los hombres que hacían con él corro—. Hay que ir en grupos.

—¡Eso es!—asintió otro—. Lo mismo dije yo siempre también, y eso es lo que tenemos que hacer.

—Pues en vista del resultado de Juan—animó el primer contrabandista—, yo me decido a hacer algo mañana. Si alguno de vosotros quiere acompañarme, le alisto.

Varios acudieron, optimistas, al reclamo:

—Puedes contar conmigo,

—Yo me uno a la partida también

Otra voz salió del corro:

—Yo no, porque formo por mi cuenta otra partida. ¿Quién viene conmigo?

Pronto se formó otro grupo. El éxito de Juan había enardecido a aquellos hombres, que pasaban fácilmente del pesimismo a la ilusión. Juan, en tanto, desprendiéndose de los brazos de sus amigos, se encaminó al mostrador, y, rumboso, quiso demostrar al tabernero que iba a hacerle gusto.

—Pon cerveza—demandó.

—¿Mucha?

—Toda la que quieras. Hay bastante para pagarla.

—Varios—halagó el tabernero—: no dirás que no te proporciono buenos negocios.

—Por lo mismo hay que beber mucha cerveza, y beberla a tu salud.

—Y el forastero, ¿qué?

—Se portó bien. Y el caso que no sé quién sea. Sólo sé decirte que se llama Gaspar.

Aquella misma noche, doña Julia entró en la alcoba de Regina con aire caviloso. La muchacha, al ver a la tía con aquel gesto inquietante, le preguntó, alarmada:

—¿Pasa algo, tía Julia?

—Nada... Deseaba hablarte a solas.

—Te escucho impaciente, tía Julia. Trues tal aire de preocupación.

—Hija mía, es que debo aconsejarte y reprenderte. Mi edad y el cariño que te tengo me dan derecho a ello... Estás dando que hablar en el pueblo.

—¿Yo?—interrogó extrañada Regi-

na—. ¿He hecho alguna cosa mala?

—No has hecho nada malo, hija mía... Pero hay quien te ha visto más de una vez departir en amigable confianza con un joven desconocido. El parece que se recata de que le vean contigo, y hasta que rebuye de ser visto aun viendo solo. Esto me indica que ni aun tú misma conoces lo suficientemente a ese muchacho.

—¿Temes entonces por mí?

—No. Yo sé que tu misma dignidad y tu orgullo te defenderán de cualquier ataque, y que no olvidarás que eres la prometida de Guillermo y el respeto que le debes.

—Efectivamente, le respeto y le quiero sobre todas las cosas.

—Por eso sería preferible, para evitar murmuraciones, que no vieras más a ese joven sospechoso. ¿Lo harás así?

Sin aguardar la respuesta de la muchacha, tía Julia interpretó el silencio de Regina como asentimiento, y besándola con afecto agradecido salió de la estancia. Llevaba ya un aire complacido, aunque en el fondo de su alma aun no se hubieran sedimentado por completo los pesos de la duda para que sus pensamientos acerca de la muchacha fuesen transparentes y tranquilos. Las investigaciones que por orden suya había hecho Antonio el servidor le hicieron intuir que de la compañía de Regina con el joven desconocido pudiera nacer un brote de amor, y acudía así, con su diligencia previsor, a

ahogarlo en el corazón de la muchacha antes de nacer.

Regina, por su parte, quedó pensativa. Se debatía ahora en impulsos contradictorios entre lo que parecía su deber y lo que se le revelaba claramente como una inclinación irreprimible hacia Jaime. Después de todo, ella había declarado al muchacha la verdad de su compromiso, y ninguna palabra había rehusado en la conversación los límites de la discreción para no hacer la amistad entre ambos ilícita y vedada. Aun por parte de él, que descubriendo verdaderamente sus sentimientos íntimos, no se había atrevido claramente a darles el nombre de amor. Pero esto era lo que precisamente, a la vez, preocupaba y alegraba a Regina: que ella se intrigara por saber lo que pensaba en realidad Jaime, y que, a pesar del sincero afecto que sentía por don Guillermo, no pudiera olvidar al muchacho.

Inconscientemente abrió la ventana de su alcoba frente a la noche, llevando sus ojos a la campiña, en dirección adonde se asentaba la cabaña, donde suponía a estas horas al joven amigo.

—¿Qué estará haciendo ahora?—se preguntó.

Recordaba los detalles del refugio: las sencillas estancias, los aposentos, el hogar. Y se estremeció con un escalofrío delicioso pensando en la sugestión que tantas veces la había atraído: la intimidad recogida, abrigada y segura

frente al descampado, cuando la nieve se arremolinara con las ventiscas.

—Estará allí ahora—volvió a decirse—. ¿Hablará con su compañero de mí?

Si ella entonces hubiera podido atisbar por un resquicio de la cabaña hubiese visto que Jaime y Tomás cenaban recogidos en el refugio confortable.

No estaba muy locuz Jaime, por lo que Tomás se veía obligado a aducir constantemente temas de conversación, a ver si alguno interesaba al compañero.

—¿Oyes lo que te digo?—insistió sobre el motivo que había dilucidado antes—. Que esta tarde estuve allá abajo en el pueblo. Hay que decidirse a obrar cuanto antes. Nuestro viejo se impacienta. Me han dicho que mañana bajas tú al pueblo a recibir órdenes... Yo, la verdad, ya estoy deseando salir de aquí. Me va cansando esto de tener que soplarme tanto los dedos.

—Pues no hace tanto frío—opinó Jaime.

—Tú, claro—replicó Tomás—, como con esas llamas de amor que te han brutoado tienes calefacción interior...

—¿Amor? No sé... Pero me preocupa ella. ¿Qué pensará de mí?

—¡Anda!—exclamó Tomás—. ¿Así estamos? ¿De modo que no sabes si es amor y ya la tomas en serio?

—Sea lo que sea, me importa su opinión.



—No seas tonto, Jaime. Una vez finalizado el trabajo se desaparece bonitamente, y en paz... ¿Tú crees que ella podrá presumir de dónde viene el golpe?

Y otra vez el misterio que envolviera estas palabras, volvía a llenar de oscuridad y enigmas los designios que bicieran a Jaime y a Tomás permanecer aquí en la montaña días y días sin aparente justificación ni ocupaciones conocidas.

## IX

Más temprano que nunca se levantó a la siguiente mañana Regina, después de un sueño inconsistente y lleno de alucinaciones. Apenas había logrado reposar una hora tranquila. En su cabeza habían danzado confusamente las imágenes de Jaime y don Guillermo con rasgos contradictorios, y Regina veía que siempre se afirmaban las líneas del muchacho sobre las huellas borrosas y fugitivas del padrino.

Con la cabeza aun pesada, desayunó sola, tratando de esquivar la presencia de doña Julia, y esforzándose por poner en orden sus ideas. De todas aquellas confusiones sacaba en claro solamente la decisión de hablar a Jaime y plantearle el problema de dar por terminadas las entrevistas.

Una vez que desayunó, bajó apresuradamente a las cuerdas, ensilló el caballo, y, montando en él, se encaminó

al galope a la montaña hacia los lugares donde ella sabía, con esa intuición peculiar que tienen las mujeres, que él la había de esperar.

Se saludaron algo cohibidos. Después de las palabras cruzadas en el día anterior, dijérase que la confianza había puesta entre ellos una cortina, para recatarse. Él aparecía con un sello de tristeza o de preocupación en el semblante, y ella venía pálida, denotando la lucha interior en que se había debatido durante la noche.

Después de aquel saludo, por primera vez embarazoso, ninguno encontraba tema fácil para iniciar la conversación. Fué ella la que rompió aquel silencio, preguntando de un modo especial, que expresaba a la vez el temor y la contrariedad.

—¿Por qué me esperabas «también» hoy?

Pero él la miró gravemente, y respondió con sincera seguridad:

—Porque «hoy» tenías que decirme algo importante, y nada agradable por cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—No hay más que mirarte. Lo dices todo sin hablar. Para traer al amigo una noticia agradable no se adopta ese air circunspecto y grave que traes tú. Bien; ¿qué tienes que decirme, Regina?

La muchacha titubeó:

—Mira, Jaime... Yo..., tú sabes que debo casarme...



—Bien, ¿y qué?

—Que el pueblo murmura... y...

Se detuvo, como si le pareciera que iba a hacer explotar una bomba con lo que iba a decir, pero él la instó:

—No te pares, sigue... ¿Y qué?

—Que he resuelto que terminen estas entrevistas.

El volvió a mirarla atentamente, mientras ella, con la cabeza baja, lamentaba la violencia de la situación con esta actitud resignada.

—Lo comprendo —exclamó Jaime gravemente después de una pausa—. Y te diré más: que apruebo esa determinación, aunque te declare que ella sea para mí muy dolorosa.

—Para mí también, Jaime. Siempre ocharé de menos estas entrevistas. Me había acostumbrado tanto a tu compañía, que seguramente he de notar el vacío de este afecto y amigo que me prestabas.

—También yo tenía la esperanza de que nuestra amistad durase toda la vida; pero la realidad se impone. Debes marcharte, Regina, y no volver.

Ella extrajo este gesto desarraigado del muchacho, pero él explicó:

—Sí; porque, como habremos de separarnos, es mejor hacerlo cuanto antes, pues de seguir viéndote me sería ya imposible dejarte.

Había expresado Jaime con esta frase todo su dolor y todo su amor, y la muchacha, conmovida, estuvo a punto de flaquear. Pero reponiéndose levan-

tóse, a punto que exclamaba, como si hiciera una apelación a su deber:

—Sí, debo marcharme cuanto antes...

Levantó la mano a Jaime en señal de despedida, y él al pronto varió. Luego, en un impulso irresistible, se apoderó de aquella mano, y en seguida, con otro ímpetu, que quería poner en aquella separación toda la emoción que sentía, abrió los brazos, y estruchó fuertemente a la muchacha...

Seguidamente la sintió alejarse, sin atreverse él a volver los ojos para no descubrir que los tenía húmedos de lágrimas. Sólo un momento la contempló por última vez al dar ella la vuelta a un recodo, y también le pareció que iba llorando...

A la tarde, siguiendo las instrucciones que la noche antes le había comunicado Tomás, Jaime bajó al pueblo. Escudriñó por las callejuelas, y después se dirigió directamente a la taberna. Le acompañaba Tomás, que no daba, por cierto, muestra de mucho agrado al recibir al venticillo helado que venía de la montaña.

—Me parece que vamos a tener pronto tempestades —auguró.

El ambiente caldado de la taberna los confortó. Se sentaron en una mesa, frente a frente, y pidieron copas de coñac. A la vez, se dedicaron a examinar la concurrencia del local—contrabandistas, aventureros, sujetos ambiguos de cara dura y ojos enérgicos—, y no se dieron, sin embargo, cuenta

do que un hombre, al parecer campesino, les había venido siguiendo hacia rato.

Los dos camaradas de la cabaña comenzaron a beber el contenido de sus copas. Tomás calculó el tiempo.

—Me parece —dijo— que aun es temprano.

—¿A qué hora nos citó?—preguntó Jaime.

—A las cinco.

—Falta entonces media hora—dijo el muchacho mirando su reloj.

El campesino, especie de mozo de labor, apareció entonces en la taberna. Venía haciendo escas, como si hubiera bebido, y de esta guisa se acercó al mostrador. Allí pidió una botella y un vaso, y con todo ello en la mano vino, con paso vacilante, a la mesa donde estaban departiendo Jaime y Tomás.

—Con permiso—dijo.

—Usted lo tiene—respondió Jaime.

—Y bien cogido—añadió Tomás.

—¿El qué?—preguntó, mirándose las manos, el mozo.

—¿El tablón, hombre!—bromeó Tomás.— ¡Y menudo el que tiene encima!

El mozo pareció entonces comprender, y se rió estúpidamente.

—¡Ah! Por lo visto no me conocen. Ustedes no son de aquí, ¿verdad?

—No; somos de «allá»—contestó burlescamente el compañero de Jaime.

—¿De allá? ¡Buen país!..., En cambio, esto es peligroso para los foras-

teros... Está lleno de gente maleante. No se detengan mucho aquí.

—Gracias por el consejo, amigo—volvió a contestar irónicamente Tomás.

El mozo parecía tener ganas de trabar conversación, a pesar del gesto fastidiado de los dos amigos; porque a poco volvió a decir, poniendo una voz sibilítica.

—Raro es el año que aquí no va alguien a presidio.

Hizo una pausa, y luego, señalando a un individuo de los que bebían en la taberna, explicó:

—¿Ven ustedes a aquél? Pues ése cumplió condena hace tres días. Pero no es peligroso. Es un buen muchacho... Dentro de poco cumplirá, en cambio, uno de cuidado. Ese sí que es un bicho malo, un verdadero asesino... Claro que ustedes no le conocerán... Es el padre de esa muchacha que vive con don Guillermo... Y gracias a la influencia de ese señor, que sin saber de quién se trataba le había hecho su socio, no le mataron, que sí no... Aun le quedan cinco años que cumplir...

El gesto de palabras lo hacía todo el mozo, que daba muestras de estar completamente beodo, pues Jaime y Tomás se limitaban a callar, haciéndose mudos gestos de inteligencia ante lo interesante del relato.

—Claro—resumió a poco el borracho—que no creo que ese criminal se

atreva a presentarse en el pueblo donde todo el mundo sabe sus batallas... ¡Valiente boda va a hacer don Guillermo! Se va a casar con la hija de ese bandido, y a lo mejor la chica sale al padre y...

No terminó la frase, porque hizo entonces como ademán de echarse, en un contoneo de abrio, sobre Jaime. Este le separó de un empujón, y seguidamente se levantó, seguido de Tomás, que sin dejar de sonreír burlonamente decía al bebido, a la vez que arrojaba sobre la mesa unas monedas para pagar las copas:

—Adiós, amigo; me vuelvo allá.

Se alejaron. El mozo los vió desaparecer, y en seguida se compuso para dejar de fingir que estaba borracho. Poco tardó en salir de la taberna para marchar a la casaca de don Guillermo y buscar a doña Julia, a quien, por lo visto, obedecía la inspiración de su cometido.

—¿Qué? —le preguntó doña Julia.

—Cumplido el encargo, señora.

—¿Y qué impresión le ha causado cuanto le has dicho?

—Se ha enfurecido. Me dió un empujón que por poco me tira al suelo. No quise ir más, y salió como si le hubieran picado avispas. Cree que dejará libre el campo.

Doña Julia sonrió. Pero no les tenía todas consigo, a pesar de los buenos auspicios, porque se dirigió al despacho de su hermano a consultar con

él las impresiones que le había transmitido el criado.

Al llegar a la puerta sintió que Regina hablaba allá dentro con su prometido, y juzgó indiscreto interrumpir a su hermano, que debía de estar dando consejos a la muchacha, a juzgar por el tono reposado y algo amargo de su acento.

Efectivamente, don Guillermo había tenido que suspender la tarea de escribir números y cifras a que estaba entregado ante la aparición de Regina, que, abriendo la puerta, vino hacia él con aire preocupado.

—¿Qué hay, muchacha? —preguntó él, observándola con recelo.

Ella hizo ademán de decir algo; pero repentinamente, arrepintiéndose de este primer impulso, quedó callada, y ocultó su turbación volviéndose de espaldas a don Guillermo.

—¿Pero qué te pasa, Regina? ¿Qué tienes que decirme? Porque supongo que habrás venido para comunicarme algo grave cuando traces ese talante.

—Padrino —exclamó con raro acento Regina—, yo te quiero mucho; tanto, que me debuto con el temor de que no sepa hacerte feliz.

El entonces, con tono paternal, la acarició con la sonrisa y la palabra:

—¡Tontuela!

Hubo una pequeña pausa, en que parecía que Regina luchaba consigo misma ante lo que iba a decir, y, al fin, expresó:



—Cierta día, padrino, me dijiste que sentirías que mi corazón hablara después de casado, y...

Vaciló de nuevo, pero él la instó con vivas muestras de sorpresa y de curiosidad:

—Sigue... sigue...

—Pues que tanto que mi corazón haya empezado a hablar y yo haya descubierto su grito...

Se había apoyado al decir esta confiadamente en el hombro de él, en actitud de cariñosa humildad; pero don Guillermo, con un gesto blando y amable, la apartó suavemente, y se alejó un poco, para ir a sentarse en un sillón y caer en él como abrumado.

—¿Te duele lo que te he dicho? —volvió a preguntar dulcemente Regina acercándose de nuevo a él—. No entiendas que he dejado de quererte. Al contrario, me parece que te quiero ahora más que nunca, pero de otro modo a como debe quererse al esposo.

Seguía él callado, y Regina, viendo que sufría, tuvo piedad de él.

—No obstante—advirtió en un arranque de almección—, si lo que te he dicho te aflige, estoy dispuesta a casarme contigo y a ser una buena esposa. ¡Ah! Pero yo no me consideraría digna de tu amor ni de mí misma como mujer honrada si no te dijese lo que siento.

Ya él miró adolecido a la muchacha.

—Te agradezco la franqueza—dijo,

queriendo dar un tono de serenidad a su voz—. Después de todo, quizá sea mejor así...

Dicho esto se levantó, y lentamente fué a colocarse delante del espejo de una cornucopia. Contempló melancólicamente sus cabellos grises, sus signos de vejez en la decadencia otoñal de su vida. Y en contraposición miró a la muchacha en todo el esplendor de su juventud. Esbelta, ágil, vigorosa, fresca y lozana como una flor de primavera. Y suspiró hondamente, comprendiendo su íntima derrota sentimental.

Regina, ante esta exclamación, acudió compasiva a su padrino, no sabiendo qué hacer para consolarlo.

—¿Es un joven como tú el que ha despertado el grito de tu corazón? —preguntó, esforzándose por conservar la enteresa, don Guillermo.

Regina afirmó con la cabeza.

—Pero si eso te disgusta...—se atrevió a condicionar.

—No, no—la interrumpió él, aparentando recobrar la serenidad—. Tranquilízate. Yo me entoraxaré de qué clase de muchacho es ése... y si te merece... Piensa, Regina, que yo, ante todo, lo que deseo es tu felicidad.

La muchacha se turbó aún más con este rasgo de generosidad de su bondadoso padrino y protector. Y le besó agradecida en la frente con un beso filial, que quería borrar en él las huellas del sufrimiento.

Luego salió lentamente del despa-



cho. Sentía la impresión penosa de la escena que acababa de tener con el que dejaba de ser su prometido.

Pero se sentía también como intimamente redimida y liberada de algo, que ya le permitía pensar en el murabicho de la cabaña sin sombras de traición ni de remordimiento...

## X

UNA de aquellas partidas, que se organizaron al calor del éxito que había tenido la contrata de Juan para servir de guía al forastero y pasar contrabando, se había puesto ya en camino. La formaban cinco hombres, y habían logrado ya atravesar los pasos más peligrosos de la montaña. Falta-ba cruzar el torrente que formaba el río en cierto despenadero, un tajío entre dos sierras, en cuyo fondo las aguas tumultuosas, rompían en vertiginoso descenso, espumando su furia con roncós hervones. Sobre el torrente, una pasarela de fuertes cuerdas tendía su puente improvisado.

Los contrabandistas, con sus fardos a las espaldas, no vacilaron en penetrar en él. Iban ya casi promediándole cuando de improviso, sin que ninguno de los hombres se explicara aquello, todos estrangularon un grito de terror. Las cuerdas comenzaron a deshilacharse y a ceder, y súbitamente la oscilante armazón de cáñamo se cortó como picada con una tijera, y todo

cuanto sostenía el improvisado puente, preparado el día antes por los que habían de cruzarlo, cayó al fondo del abismo, sumergiéndose en los secos alborotados del río.

Pero de pronto, en aquella lucha heroica, en que los hombres se debatían con los remolinos del torrente, revueltos con los fardos que flotaban en el naufragio, personas y bultos se vieron detenidos por algo que partía el río. Era una fuerte red amarrada por sus cabos a ambas orillas. A la vez, surgiendo de sus escondites, tres hombres echaron garfios a los fardos, los remolcaron hasta la orilla, y desatando a continuación la red, dejaron que los contrabandistas fuesen arrastrados por la corriente.

Hecho esto cargaron presurosamente con los bultos, los transportaron a una cueva abierta en aquellas proximidades, y escondieron con aire de triunfo contemplando la cuantía e importancia del botín.

Todo se había hecho silenciosamente y con una maestría de ejecución que denotaba que los operadores estaban avezados a esta clase de alijos. Si alguien hubiera llevado los ojos al puente destruido hubiera visto que un hombre que parecía lunático, el vagabundo, se acercaba cautelosamente al borde del precipicio, y, arrodillándose en el sitio donde se amarraban las cuerdas, examinaba atentamente los restos de la pasarela. Contempló una de

las cuerdas rotas, probando a recomponer su tejido, y en esta operación estaba cuando se estremeció sintiéndose tocado por una mano que se posó fuertemente sobre su hombro, a la vez que una voz le preguntaba, sorprendiéndolo:

—¿Qué haces aquí?

El vagabundo se incorporó aterrado:

—¿Quién son ustedes y qué quieren de mí?

—Síguenos y lo sabrás.

Al oír este acento, que era ya distinto al que primeramente había hablado, el vagabundo creyó reconocer a los dos hambres que tenía delante. ¿No eran éstos los mismos que él había visto de lejos un día que escribaba el horizonte desde lo alto de la montaña haciendo deportes, y arrastrar en su caída el más joven a Regina hasta un pozo de nieve?

—¿Pero dónde van a llevarme?

—preguntó temblando.

—A lugar seguro—le respondió la misma voz—; y no intentas escapar porque sería inútil.

Efectivamente, eran Jaime y Tomás quienes habían aparecido de pronto junto al vagabundo al borde del precipicio cuando el viejo se entregaba a examinar las cuerdas de los restos del puente.

Los dos hombres, que iban armados, hicieron que el viejo les siguiera y los tres se encaminaron en dirección a la cabaña ya conocida.

Ya en la puerta, Jaime le hizo entrar de un empujón, y Tomás encendió el quinqué.

—Tú, Tomás, no le pierdas de vista—recomendó Jaime—. Yo haré a dar cuenta al viejo de este encuentro, y a recibir órdenes sobre lo que debe hacerse con este hambre.

—Bien—respondió Tomás—; no se me escapará ninguno de sus movimientos.

Jaime partió. Tomás quedó en la cabaña vigilando al vagabundo, y una hora después Jaime estuvo de vuelta. Venía acompañado de aquel viejo forastero, de quien Juan, el guía que se contrató con él, no sabía más que se llamaba don Gaspar.

—Aquí está el jefe, Tomás—exclamó Jaime al entrar.

—Buenas noches, jefe—saludó Tomás.

—Buenas noches.

El viejo vagabundo se había levantado también, y Jaime se lo mostró al jefe:

—Este es el hombre; aquí lo tiene usted.

—¡Ah! ¿Con que es éste? Me parece que lo conozco—dijo Gaspar—. Lo vi en la taberna del pueblo, y me llamó la atención.

En seguida, dirigiéndose al vagabundo, le interrogó:

—¿Cómo se llama usted?

—Víctor.

—Pues vamos a ver si nos dice qué

hacia usted por los alrededores del lugar del suceso ocurrido esta noche.

—¿Y con qué derecho me pregunta usted?—interrogó, por su parte, el vagabundo.

—Séntese y cálmese—recomendó Gaspar—. Hable usted con un jefe de Policía—y diciendo esto mostró la placa que acreditaba su oficio.

Victor, entonces, rompió a decir, temblando:

—¡Yo no he hecho nada! ¡Se lo juro a usted!

—Pero vamos a ver, hombre. ¿Quién es usted y qué hacía en el pueblo? ¿Cómo explica usted su presencia junto al puente?

—Estaba, como ustedes, en acorcho—respondió Victor—. Tanto como a ustedes me interesa a mí que se detenga al criminal de estos contornos.

—¿Quién es usted?

—Un condenado injustamente, que sólo alienta por el deseo de vengarse. Dieciséis años atrás era yo socio del prócer de este pueblo, de ese que llaman las gentes don Guillermo. Nuestros negocios marchaban bien: pero los dos éramos ambiciosos, y nos tentó la codicia del contrabando. Yo pasaba la mercancía. Guillermo la colocaba con los clientes. Por aquel entonces empezaron a ocurrir hechos análogos a los de ahora. Alguien me debió a mí a la justicia como autor de ellos, y ese alguien no pudo ser más que mi socio, a quien yo ya estorbaba, y que

calculó que no podría contar conmigo para sus maquinaciones...

El vagabundo hizo una pausa, recobró aliento y luego continuó:

—Una mañana vinieron a prenderme. Al hacer un registro en mi casa encontraron unas fardos robados, y los tomaron como prueba para condenar me a veinte años... Aquellos fardos nada más que Guillermo pudo esconderlos allí, pues sólo él y yo sabíamos el acceso al lugar donde se depositaban a veces las mercancías de contrabando. Por este detalle comprenderá que Guillermo era, a la vez, ladrón, criminal y traidor. Reflexionando en la celda de mi prisión, pude luego deducir muchas cosas. El debía rendirme cuenta de los despilleros que hacía y sigue haciendo, en la ciudad, mientras en el pueblo aparentaba, como ahora, ser comedido, ocioso y bondadoso, y al no poder hacerla decidió inutilizarme. Es un verdadero hipócrita. Por todo ello saqué en consecuencia de que si él no es delincuente material, que ejecuta personalmente los crímenes, es, al menos, el instigador de ellos, por la necesidad en que se ve de allegar fondos copiosos para sus vicios.

Volvió Victor a hacer otra pausa, y lanzando ahora un profundo suspiro, agregó:

—Mi hija Regina, que tenía yo entonces en un colegio para mantenerla alejada de este ambiente, un poco equivoco, de pueblo de contrabandistas, fué

amparada por Guillermo. Para no por nobleza ni con buen fin, sino porque él sabía que yo, en mi prisión, iba haciéndome de pruebas contra él para descubrirle. Maquinó entonces casarse con mi hija. Esa señora, su hermana Julia, es también, en cierto modo, víctima de don Guillermo, y se convirtió en su cómplice para embaucar a la pequeña y concertar la boda. Casándose él con mi hija me desarmaba a mí y desviaba mi venganza. Pero yo, al enterarme de que habían logrado suggestionar por gratitud a la muchacha para acordar la boda, no pensé más que en huir de la prisión para impedir ese matrimonio, y un día me escapé... Por eso estoy aquí...

—¿Lo veis—interrumpió Caspar dirigiéndose a Jaime y a Tomás—cómo tenía yo razón al sospechar siempre de ese hombre? Ya vamos teniendo pruebas. Pero me falta una que sea fehaciente y definitiva...

—Esa prueba la tendrá usted, jefe—prometió Jaime—. ¿Me deja usted que organice yo el plan?

Poco después, ante Víctor, Tomás y el jefe de Policía, Jaime explicaba los detalles de algo que había meditado. El jefe asentía, y Víctor empezó a mirar a Jaime con simpatía inexplicable, pero que él ligaba vagamente al recuerdo nostálgico de su hija Regina.

## XI

Doña Julia no dejaba de observar las huellas de preocupación que se marcaban en el semblante de su hermano. Y sentada frente a él, junto a la chimenea, seguía los gestos que hacía él como hablando consigo mismo. Al fin le preguntó:

—¿Has recibido hoy carta de los sacerdotes de la ciudad?

—Sí. Consienten en esperar otro mes; pero dicen que será el último.

—¿Cuánto daño ha causado tu maldita pasión por el juego! Lo peor es que cuando se descubra nuestra ruina puedan enredarse las cosas y no sepa de lo demás.

—¡Calla, calla!—la increpó Guillermo.

—Te asusta pensarlo, ¿eh?—replicó la hermana—. Pues repara en lo que es el único peligro. Víctor llegará a cumplir su condena; pueden, a la mejor, abreviarle el tiempo por su buena conducta y si para entonces no estás casado... En cambio, casado con Regina, si vuelve Víctor no tendría ya armas para acusar al marido de su hija...

—Lo peor, Julia, es que ella también se nos escapa. Ayer me dijo...

—Lo supongo—le interrumpió la hermana—. Anoche quise decirte, pero como os sentí en el despacho ha-



blando en tono reposado, creí la contrario de lo que ahora descubro con sólo oír lo que te dije. Yo lo sé todo desde hace tiempo, por eso te instaba siempre a que aceleraras la boda.

—Me parece que ya va a ser difícil—desconfió Guillermo.

—¿Lo has intentado? Porque a ti no te supongo un hombre de esos que retroceden ante la primera contrariedad.

—Y haces bien. Claro que lo intentaré... Antes todo qué darme por vencido. Pero por primera vez en mi vida empiezo a desconfiar de estos métodos nuestros de máscara y disimulo.

Casi a la misma hora en que doña Julia y Guillermo sostenían esta conversación, en el mostrador de la taberna, el viejo Gaspar daba muestras de contrariedad ante el fracaso de las gestiones hechas por el tabernero.

—¿De modo que no ha encontrado a nadie que quiera servir de guía a los míos?

—A nadie, señor. Ninguno se atreve a arriesgarse a esa empresa después de lo ocurrido la noche pasada.

—¿Pero qué es esto?—exclamó a voces Gaspar—. ¿Es que aquí no hay un hombre con suficientes arrestos para guiar a una partida mía que lleve un valiosísimo cargamento?

De entre los grupos que llenaban el local, sentados junto a las mesas, surgió entonces una voz varonil:

—Si lo pagáis bien, yo estoy dispuesto a lo que sea.

Era Jaime, que se ofrecía así, y se acercó al mostrador, donde hablaban Gaspar y el tabernero.

—Dígame lo que hay que hacer—demandó el joven.

—No es más que servir de guía a unos muchachos que trabajan para mí—explicó Gaspar—. En cuanto al precio, seguro que no tendréis queja.

—¿Y cuándo va a ser eso?

Como creí que nos conduciría el que lo hizo la otra vez, ese que llaman Juan, lo tenía todo dispuesto para esta noche.

—Bien. ¿En dónde nos encontraremos?

—Elija el lugar usted mismo. El cargamento es precioso. Supongo que conocerá el terreno.

—Palmo a palmo. Pues bien, ya que he de elegir yo el lugar, nos reuniremos en San Telmo, y, cruzando el paso de la roca, seguiremos por...

—¡Calle usted!—interrumpió cautelosamente Gaspar—; no hace falta que diga por dónde pasaremos. Sólo con que nos guíe me basta.

\* \* \*

Había pasado una hora. Guillermo y su hermana habían terminado el coloquio, y él salió en busca de Regina. La halló en el salón principal de la casona, alegre y abeorta, como la había encontrado durante todo el día.

—Tengo que decirte algo importante, Regina.

—¿Estás triste aún, padrino? preguntó variñosamente ella.

—No se trata de mí. Oye, Regina: aun cuando ella no me ha dicho nada, yo noto que tu tía Julia sufre mucho por tu despegue. Antes eras más comunicativa con ella y en todo la tomabas por consejera. Ahora parece que la olvidas, entregándote horas y horas a tus paseos. Eso no está bien.

—¿Qué quieres que haga, padrino?

—Permanecer más tiempo en casa. En ella no faltan quehaceres y tu tía Julia está sola para todo. Debes ayudarla en lo que precise. Hoy mismo la pobre tuvo que acostarse un poco rendida. No salgas mañana. Así la tendrás contenta.

Regina hizo un gesto de conformidad y el padrino pareció agradecerse lo. Seguidamente salió, dejando sola a la muchacha, y ésta se encaminó a acompañar a doña Julia.

—Es doloroso, hija mía—exclamó aquella—que no puedas estar mucho tiempo a mi lado sin demostrar aburrimiento. Todos los días te vas por ahí.

—No es aburrimiento, tía. Es necesidad de despejar la cabeza.

—¿Madrugando y saliendo a la calle apenas amanece el día? El mejor remedio sería reposar y dormir. Además, te vas dejándome enferma y sola.

—¿No queda aquí Juana? Es raro

todo esto, tía Julia. Se dijera que te ha entrado repentinamente la enfermedad y como ella no necesita cuidado alguno, pudiera ya tener que ello fuera el pretexto para tenerme encerrada en casa. Y eso, tía Julia, no; ya he tenido bastante paciencia ante esos consejos de reclusión que ya has probado antes.

—Pero niña, ¿qué manera de hablar es esa? ¿Te has deslenguado?

—No; pero advierto que conozco tus intenciones, los que no quieres revelar claramente, y que observo cosas que no me gustan. Una de ellas es la especie de espionaje a que me has sometido, pues siempre, en mis paseos, encuentro a alguien de casa, y otra, eso que descubre en ti el intento de querer aprisionarme sin motivo. Hablaré a Guillermo.

Por primera vez hablaba Regina con sorda irritación. Y dando muestras de ella, se encaminó al despacho de su padrino con ánimo de darle cuenta de lo violento de la situación y la esperanza de hallar en él comprensión y benevolencia.

Iba a empujar la puerta del despacho de don Guillermo, cuando el murmullo de la conversación que sonaba dentro la paralizó. Sin querer oyó ciertas palabras, que la extrañaron, y ya picada por la curiosidad, abrió nuevamente la puerta y se quedó escondida para escuchar detrás de la cortina.

—Es demasiado rápido—decía ahora su padrino—y no hay apenas tiempo para nada.

—¡Lástima! —contestó un hombre, que no conocía al punto Regina, pero que luego se le descubrió como el tabernero—, porque ese tío lleva objetos de verdadero valor.

—Déjalo; eso los animará. ¿Quién los guía?

—Un forastero que ronda por ahí. Ese joven que es amigo de la señorita Regina.

—Pues es una lástima, porque me gustaría dar una lección a ese entrometido.

—¿Por dónde has dicho que pasarán?

—El manifestó que piensa guiarnos por el paso de la Roca—declaró el tabernero.

—El lugar es a propósito—calculó Guillermo—. Un buen cartucho de dinamita y volarán todos. Esto es más sencillo que lo del puente, y más seguro.

¡Pero esta vez era la de su padrino, el noble, el generoso, el ecuaníme!, pensaba, estupefacta, Regina. ¿Luego era un alma tenebrosa y doble, capaz de las mayores aberraciones?

La muchacha no salía de su asombro, y más cuando oyó que, contestando al tabernero, que lamentaba, sobre todo, que se desperdiciase la mercancía, el padrino dijo torvamente:

Lo único que esta vez me interesa es deshacerme de un rival peligroso.

Odio con toda mi alma a ese intruso, y me pagará con su vida el efecto que ha despertado en Regina. Calculamos bien el tiempo de que disponemos... Saldrán del lugar donde me has dicho... Pues bien, estoy decidido. En cuanto a Regina, me preocupa poco. No sabiendo que ha muerto creerá que se alejó de ella sin decirle adiós, para olvidarla por otra, y le pagará con su misma moneda. Las mujeres cambian pronto de sentimientos.

Hizo una pausa, y luego advirtió al tabernero:

—De modo que vamos a atar cabos. A las doce estarás cerca del paso de la Roca. Yo pondré allí el cartucho... Tú recogerás luego los fardos... ¿Entendido?

—Descuide usted, don Guillermo; ni una palabra más...

En este punto se descubrió Regina, que se apartó un poco para que saliera el tabernero. La muchacha aparecía trémula, con los ojos desencajados y la destilación pintada en ellos.

—¿Qué significa, padrino, lo que acabo de oír? ¿Qué vas a hacer a las dos de esta noche en el paso de la Roca?

—¡Regina! ¿Pero escuchabas?

—¡Sí! ¿Por qué vas a atentar criminalmente contra Jaime?

—¿Jaime? No sé a quién te refieres.

—¡Basta de hipocresías!—contestó, enérgica, la muchacha—. Tú sabes bien quién es. Te has propuesto matarle.

—¿Matar yo a quien no conozco?—sintió atónitamente don Guillermo—. Tú estás loca, Regina. No puedes haber oído semejante desatino en mi conversación con el tabernero. Hablaba con él de tonterías, de cosas nuestras, de asuntos mercantiles, de negocios...

—¡No, no!—desejó rotundamente Regina—. Nunca lo hubiera imaginado de ti. Yo creía de buena fe que eras el señor noble y generoso, como creí de buena fe también que lo que deseabas era verme feliz.

—Y así es, Regina, créeme.

—¡No, ya no puedo creerlo!

El apeló entonces al mimo y al halago:

—¡Pobre Regina! ¡Pobre cabecita loca! ¿Por qué te atormentas forjando novelas? ¡Ay! También yo soñaba la mía, una novela de amor. Pero desperté a tiempo, y hoy sólo sueño con labrar tu felicidad. Te juro que lo conseguiré.

—Es inútil todo cuanto digas—decidió, inflexible, Regina—. En un instante he medido toda la hondura de tu monstruosidad. Adiós.

Inició el movimiento para salir, pero don Guillermo, de un salto, se colocó delante de ella, cerrándole el paso:

—¿Adónde vas?—rugió.

—Déjame salir!

—Estás excitada. Oyeme...

—¡No me toques! ¡Te odio!

El, ágilmente, se adelantó a la muchacha, ganó la puerta, la cerró violentamente, dando un fuerte golpe, y echó desde fuera la llave, dejando encerrada a Regina.

Toda la desesperación de la muchacha se desbordó entonces, y golpeando con los puños la puerta, comenzó a gritar, enajenada:

—¡Guillermo, tía Julia! ¡Canallas, infames!

Y viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles y que sus voces se perdían en el vacío, bramó de coraje, revolviéndose por la estancia como una leona enjaulada.

## XII

**L**A tormenta, como auguró Tomás, se había desatado en la sierra. Solapaba el aguilón, hramando entre los árboles, y los copos de nieve se arremolinaban en torbellinos que inundaban toda su polvareda de trágica blancura.

Se oyó la voz de Gaspar, que decía a Víctor:

—Como Guillermo seguramente habrá de salir, no me lo pierda usted de vista, y en el momento que comprenda



que hay algún peligro para nuestros hombres, avise. La noche, como ve, es propicia a los atentados, pero también a la vigilancia.

—Descuide usted, y gracias por la confianza que ha depositado en mí— contestó Víctor.

Luego, el viejo vagabundo, dirigiéndose a Jaime, agregó:

—Ahora he de pedirte a ti un favor, muchacho. Deseo que mi hija no sepa nunca que vivo. Una vez satisfecha mi venganza y descubierto el criminal, nada más sabrá de mí. Desapareceré de estos contornos. Ella quedará sola y desamparada...

—Esté usted tranquilo — prometió, conmovido, Jaime—. Por ella velaré yo.

Se despidieron todos de Víctor. La caravana iba a ponerse en marcha. Jaime y Tomás se distribuyeron convenientemente al lado de cuatro hombres más que simulaban portar fardos de contrabando.

—Estad todos atentos—recomendó Gaspar—a la voz del viejo. Si oís dos silbidos es que hay peligro.

—De acuerdo, jefe—contestó Jaime—; no nos sorprenderán desprevenidos.

—Siempre confié en vosotros, y éste es el instante decisivo para nuestra difícil misión.

—Pues en marcha, si no tiene que ordenarnos más.

—Buena suerte, muchachos. Ya sabéis que también velo yo.

La caravana se puso en movimiento. Un hombre a este punto pareció cruzar cerca, como amparado por la cólera de la tempestad, y otro hombre que espía, el viejo Víctor, se deslizó desde su escondite para seguirle, resguardándose también por la misma furia del temporal, que se ensañaba, bramando, de la montaña...

...

En su forzado encierro, Regina oía el desesperante tic-tac del reloj, que hacía correr las manillas de la esfera, devanando, inflexible, las horas... Contó las once, las doce... Las manillas, aunque giraban lentamente, se le figuraba a ella que contaban el tiempo con sorprendente velocidad.

¿Qué cúmulo de pensamientos y emociones la sobrecitaban ahora en su soledad! El desencanto experimentado al descubrir la monstruosidad de don Guillermo bajo la máscara de su hipocresía, le traía por contraste el recuerdo de la figura de Jaime, conocida por lo que ya era claramente su buen amor. Ahora conocía que sentía por el muchacho la honda y sincera pasión de un alma de mujer, y que en ser la compañera de él, amarle y ser querida por él estribaba el sentido de su felicidad.

¿Pero cómo realizar estos sueños? Jaime se hallaba en inminente peligro

de muerte. Le acechaba en estas horas el odio, inspirado por la pasión sordida del padrino, que había tramado con el tabernero y sus cómplices la horrible maquinación del atentado. Y seguramente a ejecutario habría salido aquel hombre abominable, a quien ella estimó como a un padre, creyéndole noble prócer y generoso protector suyo.

Los bramidos de la noche brava que hacía ondear la tempestad poderosamente por la montaña le sobrecogieron. Pensó que hasta la noche se ofrecía propicia a los designios de don Guillermo y que, amparado por la ventisca y oscuridad, podía realizar más seguramente su crimen. ¡Bien hizo ella siempre en odiar estos parajes siniestros, estas vidas tenebrosas, este ambiente de corsarios, bandidos y contrabandistas, que vivían al margen de la ley! Y ella allí recluida en aquella estancia, sin poder avisar a nadie el hambre que había revelado el grito de su corazón como el único y el elegido.

Le pareció en su sobreexcitación que aún resonaba más fuerte aquel tic-tac del péndulo del reloj. No lo podía resistir ya más. Era un martirio lento e invariable que le golpeaba en las sienes dolorosamente. Así debían de dar suplicio a los atormentados.

En un impulso de exasperación se dirigió al reloj con el propósito de parar en marcha; abrió la caja rabiosamente, con un fuerte valván primero y luego con una brusca parada detuvo

el péndulo. Pero ocurrió entonces una cosa insospechada para ella. El fondo de madera de la caja se abrió y dejó ver la entrada de un pasadizo estrecho y oscuro. Por lo visto la parada del péndulo estaba articulada con algún resorte que descubría aquel secreto.

Reprimió Regina un grito de sorpresa, y luego, adivinando que aquel estrecho corredor debía de conducir a alguna salida subterránea, se le iluminó el rostro con una expresión de alegría. Rápidamente corrió a uno de los candelabros del despacho, arrancó de él una vela, la encendió, temblando de impaciencia, musitando una oración para pedir el auxilio divino en aquel trance, entró resueltamente por el pasadizo.

Daba a una cueva. Debía de ser el depósito donde guardaba don Guillermo los productos robados a los contrabandistas en los trágicos accidentes que él preparaba en la montaña. Partiendo de la cueva, otro estrecho corredor iba retorciéndose hasta terminar en un boquete abierto a la campiña y disimulado hábilmente como una concavidad natural del terreno.

El aire impetuoso de la tempestad dió de lleno en el rostro de Regina cuando salió a campo descubierto. Bramaban los árboles azotados y los copos de nieve densos y apretados se estrellaban violentamente. Echó a correr, sin embargo, sintiendo más fuerza en

su corazón que la que pudiera oponerle la tormenta, y quería llegar adonde, por lo que había oído, pudiera encontrar a Jaime y advertirle del peligro que corría y tenía que llegar pronto, pues los minutos que quedaban eran apurados.

Esta consideración redobló sus bríos y desatando todos los riesgos en aquella noche temerosa, siguió corriendo hacia el paso de la Roca.

En tanto, los fingidos contrabandistas avanzaban con toda clase de precauciones, con el oído atento a cualquier clase de rumor que no fuera el de la naturaleza embravecida.

—Qué nochecita, ¿eh?—exclamó Tomás por lo bajo—. Bien podía el jefe haber escogido otra para la prueba.

—¡Silencio!—recomendó Jaime—: no seas imprudente... Podieran oírnos algo... Es mejor que nos crean que vamos sin atrevernos a resollar.

En este instante se vió cruzar furtivamente a una sombra, atravesando una planicie nevada. Era don Guillermo, que demostraba ahora una agilidad y una decisión impropia de sus años. Examinó rápidamente el terreno con la mirada avizadora del hombre que está avezado a ejercitar sus ojos en la noche, y continuó avanzando. Pero otro hombre también, el viejo Víctor, que le seguía de cerca, iba a la zaga de sus movimientos con la misma agilidad de otro gato montés, res-

guardándose de vez en cuando tras los árboles. Pronto el hombre que perseguía se internó en un bosque. Corrióse entonces Víctor paralelamente hacia él y, adelantándose, se agazapó en el terreno, dispuesto ya a salirle al encuentro.

Pero inesperadamente Guillermo torció de rumbo y desapareció, perdiéndose tras la cortina nevada, que ponía la fronda cargada de copos.

Victor, cansado ya de esperar, se incorporó, decepcionado. Volvió sus pasos atrás y buscó animosamente en la blancura virgen de la nieve las huellas de Guillermo. Al fin las halló, y como buen sabueso que se guía por los rastros de la pieza, continuó la persecución, caminando sobre estas huellas.

De pronto se detuvo. Arababa de divisar a Guillermo inclinándose sobre la nieve. No podía discernir la que hacía, pero se le figuró que escarbaba en la vestidura blanca del monte, como haciendo un hoyo. Algo enterraba después en él, porque interpretó por los movimientos que distinguía a aquella distancia que su antiguo socio intentaba disimular la depresión del hoyo, echando en él nieve y ahuecándola, como si pareciera recién caída.

Hecho esta, Guillermo desarrolló algo que parecía cuerda blanca y que se confundía con la nieve.

—¡Ah, criminal!—exclamó para sí Víctor, adivinando—. Has puesto una



carga de dinamita y extiendes ahora la mecha para prenderla fuego desde lejos en el momento oportuno.

Ya se decidió a seguir avanzando con cautela, para caer de pronto sobre su presa. La misma sobreatención, pero no perdiendo ahora un solo instante de vista a Guillermo, le delató. Porque tropezó en el tronco de un árbol, y en el instintivo impulso de evitar la caída, se agarró a una rama, que se partió con un bronco crujido.

—¿Quién va ahí?—preguntó, sobresalarmado, Guillermo oyendo este ruido.

Victor no contestó. Avanzó resueltamente, aunque ocultándose entre los árboles, hasta colocarse a dos metros de Guillermo. Este, si se sobresaltó un momento con el chasquido de la rama partida, debió de interpretar que era producido por el peso natural del árbol, sobrecargado de nieve, porque pronto se zozegó, continuando su faena de preparar la mecha.

La caravana de los fingidos contrabandistas se acercaba. La tempestad parecía haberse calmado algo y los pasos de los hombres que iban en la partida resonaban en la soledad, haciendo crujir como si estallaran los cristales esponjosos de la nieve. Al oírlos, en el rostro de Guillermo relampagueó una sonrisa serena.

En seguida sacó un encendedor y prendió fuego a la mecha. Y ya Victor salió rápido de su escondrijo, dió

dos silbidos, y como el felino que acomete a su presa, saltó sobre Guillermo, a la vez que le gritaba, ronco de odio:

—¡Ya no te escapas, traidor! ¡Por fin has caído en mis manos!

...

Noche poblada de incidentes y temeridades, la tempestad, las sombras que parecían arrebujarse bajo las copas de los árboles simulando raros fantasmas, los ocios desgarrados del huracán que retumbaba al encajonarse en las valles, nada de esto arredraba a Regina en su camino.

—¡Dame tiempo, Dios mío!—imploraba con angustia—. ¡Que pueda salvarle, que pueda comprender por todo a cuánto me expongo por él, cómo le amo y cómo deseo que me perdone si le hice sufrir!

Avanzaba, tropezando y cayendo. De pronto oyó los dos silbidos lanzados por Victor, y figurándose que eran gritos ancestrales de la montaña o la contraseña siniestra de los bandidos para cometer el crimen, se detuvo, aterrada.

...

Por su parte, el grupo de fingidos contrabandistas oyó también la señal.

—¡Peligro!—advirtió Jaime—. ¡Preparad las armas!



Ya atentos todos los ojos y oídos, avanzaron con precaución. Venía de cerca como un rumor de brega y jadear de alientos... Y en esta escucha afanosa en que estaba puesta toda la atención del muchacho, percibió que venía de lejos, sin saber de dónde, una voz femenina, angustiada y medrosa, que pronunciaba su nombre:

— ¡Jaime, Jaime!...

...

Era una lucha feroz la de aquellas antiguos socios, en irreconciliables enemigos. Guillermo había caído al impulso del salto con que se echó Víctor encima de él, pero, reconociéndole por la voz, le estrechó un furioso abrazo de odio y le hizo rodar con él sobre la nieve. Seguía cerca de los dos la mecha encendida... Víctor, intentando desprenderse de aquel abrazo, pugnaba por extender una mano a la mecha para apagarla. Guillermo, conociendo su intención, lo impedía y procuraba arrastrarle en las vueltas que daba sin soltar la presa. Ya la lucha revistió caracteres indescriptibles. Ambos sabían que era a vida o muerte, y en ese instinto sobrehumano que se sobrepone a todos los demás, jadeaban los rivales como titanes. Nadie, sin conocerlos, creyera que aquellos hombres eran dos viejos, a juzgar por el ardor poderoso de aquel abrazo con que se

estrujaban. Rodando en un cambio de posiciones que hacía a uno y a otro aguantarse alternativamente el golpe y el peso, ambos fueron a dar al borde de un precipicio. Entonces hizo Víctor un esfuerzo desesperado. Se contrajeron sus músculos; los distendió luego como si fueran ballestas, y, sacudiéndolos con los últimos restos de su energía, logró desasirse de Guillermo, que salió desprendido como una pelota lanzada al espacio, y se precipitó en el abismo.

En el silencio, que se había hecho ahora doblemente temeroso en la campiña, volvió a resonar la voz lacerante de Regina, que desgarraba la soledad:

— ¡Jaime, Jaime!...

Llegaba en este instante la mecha a la carga de dinamita. Súbitamente la explosión conmovió la montaña, levantó una carga de tierra y nieve y la lanzó como un alud al fondo del precipicio.

Volvió ahora a sonar más lacerante que nunca la voz de Regina:

— ¡Jaime, Jaime!...

Víctor, al oír la explosión, se lanzó a tierra para no ser alcanzado por el ruido trágico que levantó la dinamita. Los policías corrieron ya disparando sus armas. No había necesidad de ello. El torrente de nieve, despeñándose sobre el abismo, sepultaba el cuerpo inanimado de don Guillermo, tejiendo sobre él el blanco sudario de la muerte...

## XIII

Todo se había desarrollado como en esos cuadros fantasmagóricos en que apenas hay tiempo de captar las imágenes. La explosión, el alud de nieve, la llegada de Regina a través de la oscuridad y el grito de inenarrable júbilo al ver a Jaime salvado.

Este, todo asombrado, acudió a socorrer a la muchacha.

—¿Tú aquí, Regina?

La muchacha, con una voz que se dijera que quería expresar con ella toda su emoción y todos los sentimientos de su intimidad, se limitó a contestar:

—Sabía que estabas en peligro. ¿Qué iba a hacer? Tenía que salvarte y pedirte perdón.

—¿Perdonarte yo a ti, Regina? ¿Por qué?

Ella señaló mudamente al fondo del precipicio:

—Allí está. ¡Dios lo haya perdonado! Por un falso espejismo de mi gratitud hacia él, cuando le creía bueno, te produjo un día el dolor de no descubrirle claramente mis sentimientos, aun conociendo yo cómo se transparentaban los tuyos. ¿Comprendes? Pude librarme de él cuando le conocí.

El la estrechó entonces, como amparándola.

—¿Sólo cuando le conociste como era?—preguntó insinuante.

—Y antes también. Llegué ya a desvelarla. No podía resistir ya al tormento de separarme de ti y le descubrí que te quería. Me encorrió... La misma desesperación de no poder correr a avisarte del peligro que te acechaba me depuso la circunstancia providencial de hallar una salida oculta y subterránea al monte. Y aquí me tienes. Pero no nos atormentemos ya con cosas pasadas. Perdonémosle piadosamente, pensando que ha de ser la justicia de Dios la que falle sus actos. ¡Ojalá haya muerto arrepentido!

Hablaban los dos un tanto separados del grupo que comentaba los incidentes de la noche y comprobaban, asombrados al abismo y derramando sobre su fondo los haces de luz de las linternas, el montón de nieve que había cegado hasta gran altura el precipicio. Víctor repetía una y otra vez, como si ello fuese su única obsesión, la manera en que se desarrolló la lucha con Guillermo y cómo pudo al fin desprenderse de él, y en la violencia de esta ascudida le hizo rodar al abismo.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó a Jaime Regina.

Y él, obedeciendo a la consigna de Víctor, contestó:

—Un viejo amigo.

Acaso Víctor oyó la pregunta y la respuesta de los dos jóvenes, porque inopinadamente, obedeciendo a un im-

pulso inexplicable, comenzó a andar alejándose.

—¿Dónde va, viejo?—interrogó Tomás.

Pero Víctor se limitó a responder de lejos, como si no hubiera oído a Tomás:

—Ya lo sabes, Jaime. No quebrantes por nada la promesa que me hiciste. Yo ya cumplí lo que tenía que hacer. Ahora que Dios os bendiga.

En seguida desapareció por entre los árboles nevados.

La noche se había serenado después de la tempestad y los hombres permanecieron aún en el lugar del suceso.

—Ahora faltan los compañeros—comentaba alguno de los muchachos.

—De esos seguramente se encargará ya el jefe.

El aspecto de estos hombres, sus palabras, su actitud, sus movimientos, la fila de fardos dispuestos como para recibir un alijo, trajeron de pronto al ánimo de Regina otra preocupación.

—Buena, Jaime pero tú?...

Jaime sonrió con cierta malicia.

—¿Pero todavía no has adivinado quién soy? Mira.

Y dirigiendo su propia linterna al sitio donde llevaba colocada y oculta la placa de policía, la descubrió, mostrándosela a Regina.

—¿Entonces todo aquello que me dijiste de la cabaña?...

—Era discreto no revelarse entonces quién era. Tomás y yo teníamos

aquí una misión especial para descubrir a los autores de los asesinatos y robos cometidos en la montaña, aunque para ello tuviéramos que abrir circunstancialmente un poco la mano para el contrabando. Nos fingimos deportistas, que encontramos destatada la cabaña, la separaban un poco y se quedaban en ella para hablarla unos días. Leo favorecía nuestro cometido de vigilar y descubrir. Y ya ves, en vez de descubrir a los criminales, te descubrí a ti. Pero ya que hemos nombrado la cabaña, vamos a ella. Quiero presentarte a mi jefe... para que te conozca.

A una voz de Jaime se pusieron todos en marcha. Habían pasado las horas y pronto alboraría el nuevo día. La noche, ya serena y esclarecida, tendía paños de luna sobre la inmensa perspectiva blanca, y el venticillo de cristal refrescaba el rostro de Regina, que se estreñecía, apretando el brazo de Jaime.

Este lo fue explicando por el camino el resultado de todas las gestiones encomendadas a la policía. El jefe sospechó siempre algo de don Guillermo. Eran demasiado aparatosas aquella generosidad y aquella bondad para que fuesen sinceras. Del tabernero se llegó también a sospechar fundadamente que estaba interesado en todos los golpes.

—Hasta que nos dio la clave el encuentro providencial con Víctor—explicó Jaime.



—¿Victor?—preguntó Regina.

—Sí, el viejo.

—Victor se llamaba también mi padre—adoleció la muchacha.

—Pero tu padre murió—hizo advertir Jaime, comprendiendo que había cometido una indiscreción. Bien, pues como te decía, nuestro jefe se hizo pasar por contrabandista para tentar al tabernero. El tabernero picó. Nos faltaban pruebas definitivas contra don Guillermo. Y se preparó esta fingida expedición de contrabando. Yo aparenté que era un guía que se ofrecía por dinero a mi jefe, que hacía de contrabandista, y como si na nos conocieramos, cuando él, por el accidente del puente, no encontraba hombres que quisieran arriesgarse, y lanzamos el anzuelo al tabernero, indicándole, y los pasos que íbamos a cruzar. Todo eso ha traído como consecuencia los sucesos de esta noche. Lo demás, todo lo sabes tú.

—Bueno, ¿pero ese Victor?... insistió Regina.

Y ya Jaime aparentó una cómica gravedad:

—Mira, querida, habrás de acostumbrarte a pensar que los policías tenemos secretos de profesión que no hemos de revelar ni aun a nuestras mujeres. Tú serás pronto la mía y debes cuidar por anticipado de desempeñar bien tu oficio de respetar mis secretos. ¿No te parece?

Las últimas palabras las dijo ya en

tono jovial como enorgullecándose de imaginársela ya como compañera discreta.

Ella sonrió, mirándole a los ojos. La luz del nuevo día despuntaba recortando las siluetas de los picachos con un rompón de albos encajes. Por mirarle tropezó ella y estuvo a punto de caer.

—¿Ves?—bramó entonces Jaime—. No irás nunca bien como no sea en mis brazos.

—¿Te has hecho daño? ¡Pobrecita! Vas cansada además.

—Yendo contigo no me cansaría nunca—halagó ella.

—Eras una mujer valiente. Así ha de ser la esposa de un policía. Verdaderamente desde que te conocí no puedo contar de ti más que actos de coraje. Pegas y arañas a los hombres y sales en las noches bravas a desafiar la nieve y la tempestad.

—Lo de esta noche no lo hice yo.

—¿Pues quién lo hizo entonces?

Y ella, con un susurro delicioso, musitó:

—Lo hizo el amor.

Pero volvió a tropezar, lanzando al golpe un suave quejido.

Jaime entonces decididamente la tomó en sus brazos.

—¿No decía yo? No sabes andar por la nieve. Te llevaré como aquel día en que te lastimaste el pie. Ahora también te has lastimado, ¿verdad?

Ella cerró los ojos con un gesto que se dijera de ruboroso asentimiento y se



dejó llevar en los brazos protectores de su prometido.

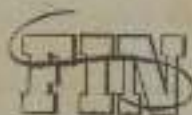
La claridad aumentaba. Se estremecía la montaña con las palpitaciones que en ella ponía el barrunto del nuevo día y los árboles cargados de nieve sanaban al susurro del viento una lluvia de albos cristales. Un rebaño de cabras montesas cruzó a la carrera por el borde de un precipicio. Y allá lejos la cruz del término recortaba sus brazos tendidos y abiertos al infinito.

Jaimé se detuvo un momento con su preciosa carga. Junto a la cruz distinguió una figura orante arrodillada. Conoció que era Víctor y poco después le vió persignarse y levantarse, partiendo hacia allá, hacia los rumbos desconocidos en que iba a ocultar el recuerdo de su nombre y de su existencia.

— ¡Pobre viejo! — pensó con piedad—. He ahí otra vida que se sacrifica.

Y meditando su propio contraste se sintió más feliz aun. Henchido de amor, aquí junto a la Regina adorada, que pronto había de ser su mujercita, se tendía ante él, con promesas magníficas y maravillosas de salud, el amor y la fortuna. Y considerándose favorecido extraordinariamente estrechó a Regina en sus brazos y miró al cielo agradecido.

Ella cantaba cerrando dulcemente los ojos como medio dormida. Acababa de coronar el picacho... Desde lo alto, antes de descender por el otro lado, contempló un rayo de sol que, como desde otro pico, vino a su encuentro, surgiendo esplendoroso el beso del sol.



# Aprenda usted Contabilidad

**En la vida moderna se hacen más precisos cada día los conocimientos del arte del tenedor de libros o contable.**

Los hombres de negocios han de dominarlo necesariamente; los empleados todos, cualquiera que sea su cargo o actividad, acuciosos deben ser expertos contadores; más aún los propietarios de pequeños negocios o industriales de todas clases.

## Todo el mundo contable

Desde el potente financiero al más humilde empleado, todos deben ser contables. Los directores de Empresas, porque dominando el arte del contable, pueden enjuiciar con rapidez y en todo momento la situación de sus negocios, por muchos que sean éstos. Los pequeños comerciantes e industriales, porque por sí pueden organizar sus sistemas de contabilidad, dedicando a ellos pocos minutos al día. En fin, los empleados, porque siendo la contabilidad el fundamento de todos los negocios, conociéndola pueden servirlos mejor, y al acrecentar los beneficios de la Empresa, aumentarán sus propios ingresos.

## La Contabilidad es muy sencilla

Muchas personas tienen un criterio erróneo de la contabilidad, y piensan que esas reglas entrañan grandes dificultades, y que, por tanto, sólo pueden ser contables después de especial y larga preparación. ESTO ES UN GRAN ERROR.

## Cualquiera puede ser Contable

tan esperto como el que más, y adquirir en muy poco tiempo—días solamente—los conocimientos precisos para llevar los libros de cualquier negocio pequeño; primero, dedicándole al mismo pocos minutos al día, para continuar después de una experiencia dedicada a las contabilidades de mayor envergadura.

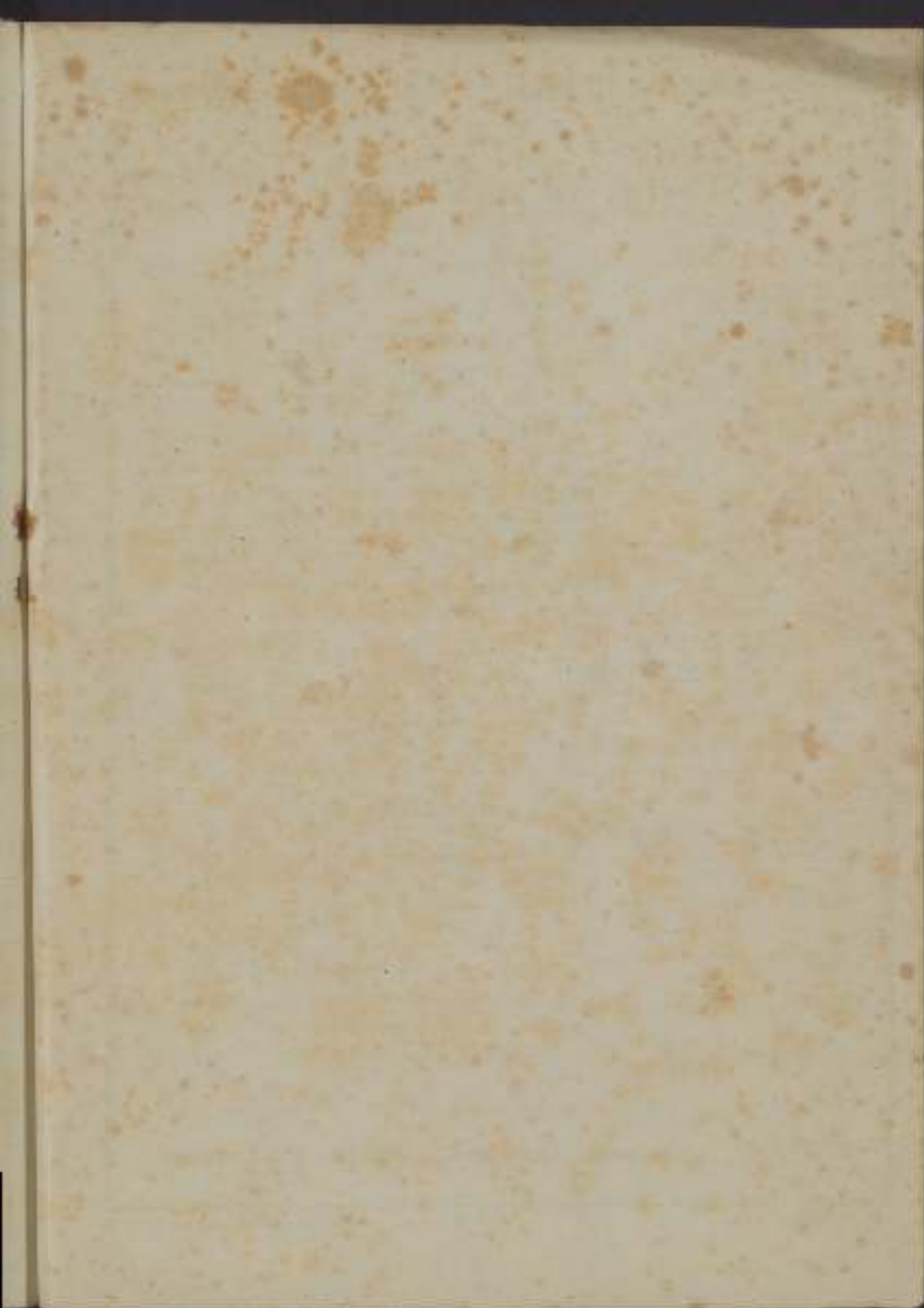
## "Contabilidad de los pequeños negocios"

podrá al corriente en muy poco tiempo de la forma de planear, ordenar y llevar por sí el sistema contable que le interesa, dedicándole pocos minutos al día.

**Pedidos a Ediciones MARISAL**

1-1 MADRID - Plaza de Oriente, 1 y 2 1-2

**Reponiendo su importe al hacer pedido  
o contra reembolso, 4,50 pesetas**





# TITULOS A LA VENTA

PRODUCCIONES ESPAÑOLAS	Ptas.
LA MI NO ME MIRE USTEDI, Rosita	2,50
UN ALTO EN EL CAMINO, Mary Delgado	2,50
UNA CONQUISTA DIFÍCIL, Maruchy	2,50
PORTUNATO, Carmen Carbonell-Antonia	2,50
LA GITANILLA, Rosalinda Castro	2,50
GRACIA Y JUSTICIA, María Santamaría	2,50
HARKAI, Lucky Soto-Luis Peña	2,50
HEROE A LA FUERZA, Miguel Liger	2,50
UN MARIDO BARATO, Nini Manóvil	2,50
MARIDO PROVISIONAL, Roberto Rey	2,50
MAXI-JUANA, Amparito Riech	2,50
EL MILAGRO DEL CRISTO DE LA VEGA, Nini Manóvil-Luis Aniceto	2,50
ORO VIL, Ricardo Marino-Florencia Bó	2,50
PRIMER AMOR, Rosita Vera-Toni	2,50
LA TONTA DE HOY, Jesús Hernández	2,50
ERAMOS SIETE A LA MESA, Blanca	2,50
LA BUEDA DE LA VIDA, Amparito Co-	2,50
JOR QUE VIVIR TRISTES, Mary	2,50
MELODÍAS PROHIBIDAS, María Flo-	2,50
PEPE CONDE, Miguel Liger-Pastora	2,50
LA FAMOSA LUZ MARIA, María Vera-	2,50
LOS LADRONES SOMOS GENTE HON-	2,50
RADA, Amparito Riech-Manuel Luna	2,50
MI AMORABLE SECRETARIA, Marucha	2,50
NO TE NIEGUES A VIVIR, Guiller-	2,50
LA VISITA AL MUNDO DE LAVA-	2,50

PRODUCCIONES BRITANICAS	Ptas.
ALLA EN EL TROPICO, Enkar Fernán-	2,50
ALLA EN EL RANCHO GRANDE, The	2,50
ASI ES LA VIDA, Enrique Muñoz-Hilary	2,50
BAJO LA CRUZ DEL SUR, Doris Du-	2,50

PRODUCCIONES BRITANICAS	Ptas.
BONITAS Y FEAS, SE CASAN TO-	2,50
BRIGADA SALVAJE, Vera Lorenz-Cha-	2,50
LA CANCION QUE TU CANTARAS,	2,50
CASATE Y VERAS, Mirra Stenich-	2,50
DESEO, Mariene Dietrich-Gary Cooper	2,50
DIVORCIO EN MONTEVIDEO, "Calle"	2,50
ENCUCIJADA, Charles Panitz-Judy Prin-	2,50
ESTRELLA DE RIO, Le Jan	2,50
JALISCO NUNCA PIENSA, Carlos La-	2,50
LUZ A ORIENTE, Josephine Hutchinson	2,50
MARGARITA, ARMANDO Y SU PA-	2,50
LA MODELO Y LA ESTRELLA, Alta	2,50
MUCHACHAS QUE ESTUDIAN, Sofia	2,50
LA NOVIA DEL EXITO, Diana Durbin	2,50
ORA, PONCIANO, Conrado Fran-	2,50
EL PREDILECTO, Olima de Harmond	2,50
SU VIDA PRIVADA, Ray Francis	2,50
TYRONE POWER, el moderno Rodolfo	2,50
LA VIDA ES UN TANGO, Sabina Ol-	2,50
VIVA LA MARINA, Ruby Keeler-Dick	2,50
LA ZANDUNGA, Lupa Vélez	2,50
EL SOBERANO, Basil Funnings	2,50
TRUJA, Le Jan	2,50
EL DOBLE DEL REY, Albert Mat-	2,50
EMISORA SECRETA, Willy Vogel	2,50
HUELLAS BORRADAS, Fria Van Don-	2,50
"JETTATORE", Alta Román	2,50
REGINA DE LA SCALA, Margarita Ca-	2,50
EL REY DEL RINERO	2,50
EL SARGENTO BERRY, Hans Albert	2,50
TRES ANCLADOS EN PARIS	2,50
SESOSES DE FUEGO, Viviane Romance	2,50
TEMPESTAD DE ALMAS, Josette Day	2,50
LA ALEGRIA DE VIVIR, Lucien Ro-	2,50

Pídalos en todos los buenos kioscos y librerías